



# murciélagos de alas rojas

CURTIS GARLAND





COLECCIÓN

# PUNTO ROJO







**YA ESTA A LA VENTA**  
**LA NUEVA SERIE**

**SELECCION**

**TERROR**

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.





CURTIS GARLAND

## **MURCIÉLAGO DE ALAS ROJAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 573  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 7.395 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1973

© CURTIS GARLAND - 1973

texto

© ENRIQUE MARTÍN - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:  
1.184-j...Y Nueva York fue destruida!

En Colección PUNTO ROJO:  
554 -Jaula para un ratón ciego.



## PRÓLOGO

Estaba empezando a nevar. A nevar fuerte.

No era nada sorprendente ni extraño. La época invernal estaba iniciándose ya. Hacía frío, y desde Saint Moritz estaban llegando ya a las montañas blancas alpinas muchos practicantes de deportes de invierno.

Los copos iniciaron su descenso suave, como plumas livianas y blancas, flotando en el gélido aire de la tarde.

Los telesillas seguían su ritmo incansable de descenso, llevando a los visitantes a las zonas altas, para practicar el *slalom* o el salto con los esquíes. O bien para disfrutar del aire más frío y sano, saturado de aroma pinos, a enebros y a coníferas de todo género.

Ya iban subiendo muy pocos visitantes. La tarde se hacía azul intensa, las sombras se alargaban, hasta casi fundirse con la penumbra vespertina.

Pronto empezaría a oscurecer. Abajo, en el valle, en realidad, la sombra era ya intensa. Solamente en las cimas nevadas, la claridad del día arrancaba aún destellos a las zonas blancas, salpicadas de bosques, en torno a los refugios de alta montaña o los pequeños pueblos alpinos, con sus tejados empinados, allá en las laderas.

El teleférico terminaba su trayecto justamente en la más alta estación de la zona. Y desde allí, el telesilla conducía a la cumbre. Y, naturalmente, a Klospitz, la pequeña población de atractivo turístico, especializada en deportes de invierno.

El teleférico realizaba ya su último viaje del día. El horario estaba allí claramente especificado, junto a su tarifa, y detalles del lugar, planos de la región y toda clase de datos, en varios idiomas, para los visitantes extranjeros, que eran mayoría siempre.

El vehículo deslizaba su roja cabina por el cable colgado sobre el abismo, ya a punto de alcanzar la plataforma de la estación terminal. Un solo viajero iba a bordo.

Los ojos azules miraron curiosamente al fondo. Allá, en la honda sima, corría uno de los riachuelos, entre frondosos bosques salpicados de zonas nevadas. El paisaje era impresionante. Sobre todo, si no se sentía vértigo. Y ella no había sufrido jamás de vértigo.

Sacudió la cabeza, mirando a la estación de destino, allá en la cima. Si no se daba prisa llegaría de noche al pueblo. Y no le gustaba la idea de utilizar el telesilla, para salvar el último tramo difícil del viaje, siendo ya completamente oscuro.

—Debí haber salido antes de Saint Moritz —se dijo ella entre dientes, frotando con sus dos manos los brazos opuestos, para entrar en calor. A pesar de la gruesa lana roja y negra de su suéter de montaña, empezaba a sentir frío. Era la altura. Y la hora de la tarde.

En Klospitz, de todos modos, le esperaba el albergue, con su fuego acogedor, su buena cena, el vino confortante, una cama caliente, en las pintorescas habitaciones de madera de la residencia alpina, allá frente a la gran pista nevada donde se aprendía a esquiar antes de lanzarse por las grandes pendientes blancas.

Sonrió, encogiéndose de hombros. Monique no temía al frío ni las incomodidades, si al final había un sitio cómodo donde recuperarse sobradamente. De otro modo, nunca hubiera ido a los Alpes a practicar su deporte favorito.

Bajo el gorro de lana roja, sus cabellos escapaban en doradas mechas, en torno al rostro saludable, jovial, de muchacha deportiva y fuerte. El aire seco y cortante de la alta montaña daba a sus mejillas un tono fresco y brillante, de salud y vitalidad.

Monique suspiró. El teleférico había llegado a su destino. Se detuvo en la plataforma de la estación. Leyó el cartel en francés, alemán e italiano. También estaba en inglés, para toda clase de turistas no suizos ni vecinos:

«Klospitz. Estación del teleférico. A cien metros, servicio de telesilla a súper Klospitz y población. Servicio ininterrumpido. Último teleférico del día: Ocho tarde. Primer teleférico matinal: Cinco y quince minutos».

Miró su reloj de pulsera, grande y deportivo. Las ocho diez minutos. Ya no había más servicio hasta la madrugada. Un

empleado, uniformado de gris, y con el distintivo helvético, junto a otro del cantón de los Grisones, salió de una cabina de máquinas y la miró curiosamente. Tenía bigotes de morsa, y rostro carilleno y rojizo.

—Si se descuida, se hubiera tenido que quedar abajo, en el Paso —dijo—. Es el último servicio, señorita.

—Lo sé —se expresó ella en alemán también. Miró al cielo oscuro—. Aún tengo que tomar el telesilla a Klospitz.

—Pues apresúrese —indicó el empleado del teleférico—. Va a nevar fuerte hoy. El Servicio Meteorológico anuncia una temporada de grandes precipitaciones. Y esta noche será la primera. Cuando el viento sopla fuerte en la cumbre, el viaje en telesilla es muy molesto.

—¿Y peligroso?

—No, eso no. Si sujeta bien la cadena, no tiene nada que temer, señorita. Buenas noches.

—Buenas noches. Y gracias —miró en torno—. Creo que también iré sola en el telesilla.

—Sí, eso me temo —asintió el funcionario—. Subieron cinco turistas hace un cuarto de hora. Ésos fueron los últimos... Yo no puedo acompañarla. Me toca servicio nocturno en esta estación.

—No se preocupe. No necesito a nadie, gracias.

Se alejó, decidida. Oscurecía rápidamente en las cumbres. Ya era todo de un azul oscuro, intenso, que sólo las luces de la estación del teleférico permitían ver con claridad los detalles del sendero de abetos hacia el telesilla. Una caseta destinada a la venta de artículos deportivos, postales, *souvenirs* y bebidas, estaba herméticamente cerrada. Algunas luces marcaban el inicio del telesilla, allá en un claro donde la nieve se veía caer con relativa intensidad ya.

Monique caminó decidida, llevando el bulto de sus esquís y su bolsa de viaje, deportiva y de alegres colores. Nada de todo aquello podía impresionarla. El año anterior había hecho turismo a Estados Unidos, y estuvo en Sun Valley. No se podía decir que fuese menos impresionante, al llegar la noche.

Miró atrás. La nieve borraba la distante luminosidad de Saint Moritz, allá al fondo, en el valle rodeado de cumbres blancas, a la orilla del lago de su mismo nombre. Le pareció tan lejano como a un astronauta se lo parecería el planeta Tierra cuando pisara la

Luna.

Monique alcanzó el telesilla. Se acomodó rápidamente en una de las colgantes sillas en movimiento constante. Aseguró la cadena en torno a su cintura y sus caderas prominentes, marcadas por el suéter y el pantalón de espuma, ceñido a sus formas agresivas, de muchacha en plenitud física. Apretó contra sus vigorosos pechos la bolsa de viaje, tras poner los esquíes en el lugar adecuado, junto a sí. La silla móvil arrancó, aleándose del suelo, empezando a colgar ahora del cable en movimiento, sobre el terreno blanco, salpicado de coníferas.

Poco después, salvaba ya una profunda zanja, por la que corría un arroyo de aguas plateadas al reflejo de las luces azules de la estación del teleférico, perdiéndose ya a sus espaldas.

El vacío, oscuro y profundo, bajo las piernas colgantes de Monique, no le causaba ninguna impresión. Ni sufría vértigo ni era miedosa. Contempló, indiferente, cómo se acercaba a ella la cima blanca, allá donde el telesilla terminaba su trayecto. Más lejos, tras la cortina blanca, suave, de la nevada que se iniciaba, era visible el reflejo de luces no muy distantes.

Klospitz. La población. Calor, buena comida, reposo, gente...

Sintió deseos de estar ya allí. Aquella soledad en la sombra la enervaba un poco. Y no era miedo. Era una sensación rara, indefinible. De distancia y de abandono.

Bajó del telesilla con alivio. Respiró hondo. Ya quedaba todo lejos: la pequeña estación alpina del tren-cremallera, el teleférico rojo y audaz, la telesilla en la cumbre... Estaba pisando suelo firme, crujiente de nieve y de coníferas.

Respiró hondo. Su boca soltó aliento en nubecillas gélidas. El frío era intenso allá arriba. Las manos enguantadas aferraron esquíes y bolsa de viaje deportiva. Inició la marcha. Otro indicador en varios idiomas, le señaló ya el fin de su ruta:

«A 400 metros. Klospitz. Trescientos habitantes. Albergue-residencia. Restaurante. Teléfono. Tiendas. Hospital. Estación de servicio. Deportes de invierno».

Sonrió. Sabía todo eso. Klospitz era un pequeño y maravilloso lugar, en un paisaje de ensueño. Se sentiría feliz allí, durante los

días de sus vacaciones, estaba segura.

La nieve crujía bajo sus pies. Ante ella, un bosque de enebros la separaba de las luces salpicadas en la noche. Le bastaría cruzar ese bosquecillo, para encontrar el sendero en la llana nieve, hacia el albergue que daba la bienvenida a todo viajero, al pueblecito extendido en aquella pronunciada ladera del último pico del lugar.

Caían gruesos copos ya. Y el aire emitía en aquellas alturas un silbido tenue, lejano. Como si alguien silbara una melodía extraña y ululante...

Monique avanzaba decidida. Sus botas se hundían en el blanco esponjoso. Su suéter de vivo colorido se cubría de salpicaduras nórdicas, cristalinas.

Alcanzó el bosque de enebros. Las luces de Klospitz desaparecieron de su vista. Pero sabía que en cuanto dejara atrás los árboles, estaría virtualmente en su destino. Era sólo cosa de doscientos metros de camino. No demasiado para una joven deportista, fuerte y atlética.

Se detuvo, de repente. Algo la había asaltado con súbita incertidumbre.

Estaba segura de no caminar sola. La nieve había crujido tras ella.

Permaneció quieta, en silencio, despidiendo vaho por sus fosas nasales al respirar en el gélido ambiente. Sus grandes ojos azules brillaban, abiertos, en la sombra.

No se percibía ni el menor sonido. Solamente el caer rumoroso de la nieve. Y aquel sibilante ruido del aire en las cumbres...

Sacudió Monique su rubia cabeza. Era una tontería. Estaba sola. A aquellas horas no se aventuraba nadie a pasear bajo la nieve, en la oscuridad.

Echó a andar de nuevo. Sus botas pisaban coníferas y nieve, haciéndolo crujir todo ahogadamente. El bosque se hizo algo más espeso en su tramo final.

De repente, tropezó en un arbusto, y casi cayó de bruces. Se detuvo, aferrándose a un tronco.

Fue tan súbito todo, que aquellas pisadas no llegaron a tiempo de detenerse. Las percibió con toda claridad. Tras ella, a su derecha. Crujientes roces en la nieve y las coníferas...

Ahora estaba segura. Ahora sí. Había alguien en el bosque.

Alguien, caminando cerca de ella. Pero eso no era motivo de alarma. Klospitz tenía trescientos habitantes. Y, cuanto menos, otros tantos turistas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta, con tono fuerte y decidido.

Era raro. No se oían ya los pasos, De nuevo, al detenerse ella, su seguidor se había detenido también. Eso no le gustó.

Pero Monique no era una débil muchacha indefensa. Aferró los esquís a guisa de arma defensiva. Su vigorosa figura de deportista joven se puso tensa.

—No me gustan los juegos —dijo secamente, en un tono autoritario, casi agresivo—. Si alguien quiere practicar el del escondite, es mejor que lo deje.

Y, decidida, siguió adelante, con paso firme, pero en guardia, esperando cualquier cosa. Solamente caminó unos pasos, para detenerse de pronto, junto al tronco de un enebro, y giró la cabeza, contemplando la oscuridad. Alzó los esquís como si fuesen una lanza.

Las pisadas habían vuelto a sonar. Ahora se detuvieron. Monique, sorprendida e inquieta, captó un sonido nuevo: un jadeo. Una respiración humana, no muy lejana. Y luego...

Luego, el silbido del aire lejano, cobró forma y se aproximó. Ya no era el aire. Alguien silbaba.

Alguien silbaba una melodía que ella conocía. *Peer Gynt*, de Grieg. El silbido parecía el mismo del aire en las cumbres. Pero cobrando una rara dimensión inquietante, estremecedora.

El silbador estaba cerca. Seguro que estaba muy cerca...

Monique empezó a sentir miedo. Miró en todas direcciones, esperando ver algo, a alguien. Pero no sabía ya adonde clavar sus ojos azules, muy abiertos. El silbido parecía llegar de todas partes, repetido por los ecos en el bosque. Y las pisadas apenas si eran susurros en la nieve. El roce de alguien deslizándose sigilosamente por alguna parte...

Las manos rozaron sus cabellos, su cuello...

Emitió un alarido agudo, de auténtico terror. Se revolvió, descargando un golpe violento con sus esquís, contra aquella persona situada a su espalda.

Las manos la soltaron. Los esquís, sin embargo, no alcanzaron

sino el tronco del árbol. Se partieron en él, y escaparon de sus manos enguantadas, repentinamente trémulas.

Monique, con un jadeo de pánico, echó a correr a través del bosque, hacia Klospitz. Supo que alguien corría con ella, por alguna parte, aunque no pudiera verlo.

Aquellas manos... Las había sentido contra su cuello, rozando su piel, sus cabellos...

Manos crispadas, fuertes, decididas. Manos siniestras...

El silbido proseguía. El crujido de nieve y ramajes, también. Pero ignoraba si eran sólo sus pies... o los de alguien más.

Repentinamente, se fue de bruces contra algo. Gritó. Era sólo un delgado tronco de arbusto, pero se enredó en sus ramajes y cayó de bruces en la nieve. Revolvióse sobre sí misma, frenética. Los límites del bosque estaban ya muy cerca, allá ante ella. La nieve le impedía ver claramente los perfiles y las luces de Klospitz...

Intentó levantarse. No le fue posible. El terror la agarrotó los músculos en ese momento...

Gritó. Gritó agudamente, manoteando para soltarse de los ramajes que se enganchaban en sus botas, en su suéter...

La figura se movía hacia ella. Surgía de la oscuridad, de la nieve, de la noche...

Algo flotaba en torno de ella, como un manto, una capa o unas alas gigantescas. Igual que un ave de la noche, aquella figura se desplegó ante ella, mientras su jadeo se hacía silbido.

*Peer Gynt...*

Manos enguantadas... y algo centelleante, entre ellas...

Un hacha...

¡Un hacha pequeña, de largo mango, para cortar ramajes!

—¿Qué... qué significa? —gimió Monique, empezando a incorporarse—. ¿Quién es... usted?

Nada. Ni una respuesta. Sólo el silbido... La cara era una mancha negra en la noche... Como el manto o la capa que parecían unas alas negras...

Monique había logrado ponerse ya en pie. Echó a correr inesperadamente.

Su siniestro compañero en el bosque, también corrió. Y era mucho más rápido que ella.

La alcanzó. Una mano enguantada, negra, sujetó sus cabellos

sueltos, perdido el gorro de lana. El mechón rubio se tensó. Ella perdió el equilibrio, se fue contra un árbol, cayó de rodillas...

El ser misterioso avanzó rápido, pareció envolverla entre el negro revuelo de la prenda que le envolvía...

Monique recibió, con horror, el primer hachazo.

En su hombro.

Gritó agudamente, cayendo contra el suelo, al sentir el filo desgarrando su carne, tras hender la lana de su suéter...

La sangre escapó abundante del tajo. Monique se debatió, intentando evadirse al brutal, terrorífico ataque...

No pudo. Otro golpe de hacha hirió su muslo, junto a la nalga. El desgarrado pantalón deportivo dejó fluir algo rojo y viscoso... El jadeo del monstruoso agresor era un silbido triunfante, agudo...

La mano libre desgarró la lana del jersey, brutalmente. El torso desnudo de Monique brilló lechoso, junto al oscuro centelleo de la sangre de su herida. Se revolcó en la nieve, enrojeciéndola, trató de evitar nuevos impactos de hacha, feroces y violentos, sobre su carne joven y vigorosa...

No pudo ser. Un impacto, otro, otro...

La sangre lo nubló todo. Los alaridos de dolor, de angustia y pánico, se hicieron estertores en el bosque...

Luego, reinó el silencio, sólo roto por el crujido de la nieve y por un silbido odioso y triunfal. Alguien terminaba de silbar el *Peer Gynt*, de Grieg, ante un cuerpo femenino, ensangrentado a golpes de hacha, con los vidriosos ojos azules muy abiertos en el espasmo final de su horrible muerte...

Alguien salió a la carrera del bosque. Alguien de rostro lívido y desencajado. Alguien con el horror pintado en su faz.

Alguien que no dejó de correr hasta llegar a la cabina telefónica, en la calle empinada de Klostspitz. Ese alguien miró en torno, a la desolada panorámica de la población en la noche de tormenta de nieve. No vio a nadie. Sólo luces tras las ventanas del albergue, de la cantina, de algunas viviendas, recortándose sombrías en la noche...

Entró en la cabina, mirando nervioso al exterior. Descolgó y la voz de la telefonista sonó en el auricular:

—¿Número, por favor?

—Él... el albergue... —pidió roncamente—. Es urgente...

—Un momento, no se retire.

La centralilla local comunicó con el albergue. Sonó un «clic» y, luego, una voz fuerte suplió a la muchacha de Teléfonos.

—El albergue. ¿Quién llama?

—Un... un vecino... —jadeó el comunicante—. Vengo del bosque... Alguien silbó... Sí. Es el silbido de la muerte... El Silbador... ha matado a alguien más, estoy seguro. Oí gritos... Gritos... de mujer.

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde llama? —indagó la fuerte voz, con energía.

No respondió. Había colgado. Salió a la carrera de la cabina telefónica, miró a la desierta calle nevada y echó a correr de nuevo, presa del pánico.

## CAPÍTULO PRIMERO

Glenn Young contempló el bellissimo paisaje, mientras aceleraba la marcha de la canoa.

El motor zumbó y la proa de la deportiva embarcación hendió las aguas azules, abriéndolas entre festones de espuma. Su marcha por el lago se hizo vertiginosa.

Young recibió en el rostro la lluvia menuda, el agua pulverizada por la veloz carrera. Manipuló el volante de la canoa, describiendo una amplia curva, para bordear los embarcaderos deportivos de Saint Moritz, y desfilar ante la pintoresca hilera de edificios de la zona ribereña del lago.

Arriba, sobre su cabeza, las cumbres blancas eran como un cerco fantástico, en torno a la población helvética y su espejeante lago. El paisaje era luminoso a pesar del día nublado, amenazando nieve. El aire, limpio y cristalino hasta las cumbres, donde las nubes formaban como crestas algodonosas en torno a las laderas cubiertas de encinas, enebros y coníferas.

No era la primera vez que Glenn visitaba Suiza. Ni sería la última. Para un amante de los deportes como él ya fuesen los puramente invernales, como el esquí o el *bobsleigh*, o bien los náuticos, como competir en velocidad y pericia con otras embarcaciones a motor, aquello era un paraíso en todo el sentido de la palabra.

Escudriñó el paraje, en torno suyo. Otras muchas embarcaciones, a motor unas, de vela otras, practicaban la náutica en el lago de Saint Moritz. Algunos remolcaban esquiadores náuticos, en zonas más amplias y libres.

Young hizo pasar su canoa azul y amarilla, vertiginosamente, junto a aquella otra, roja y blanca, que ya rebasara en dos o tres ocasiones anteriormente. La canoa era esbelta, de formas agresivas y modernas. Una costosa canoa, sin duda.

Pero Young no admiraba la línea de la lancha a motor cuando pasaba junto a ella, sino la línea, infinitamente más sugestiva para él... de la mujer que la ocupaba.

Lo malo es que ahora la mujer ya no estaba sola. En un momento, al detenerse junto a los embarcaderos, un hombre había subido a bordo. Ya eran una pareja. Y a Young no le gustaba importunar a parejas. No era su *hobby*, ni mucho menos.

Deslizóse pues con celeridad, dejando atrás a la canoa roja y blanca, mucho más lenta que la suya, aunque también era infinitamente más poderosa si quería competir.

La dama pelirroja que la ocupaba, le miró con expresión algo burlona al verle pasar. Era evidente que anteriormente, pese a su aire indiferente y como lejano tras las gafas de sol con montura plateada, ella le había visto pasar, admirando sin disimulos sus formas espléndidas, la exuberancia de su torso, la longitud bronceína y escultural de sus piernas, tendida allá en cubierta, con el breve bikini estampado, que apenas si era nada, en un cuerpo tan turgente y llamativo.

Ahora, con el hombre alto y rubio a su lado, vestido con ropas deportivas, no era cosa de seguir admirándola. Glenn Young se alejó con celeridad, inclinado sobre el volante de su canoa, describiendo otro amplio círculo en el gran espejo azul del lago.

La canoa roja y blanca quedó atrás, deslizándose suave, calmosa, por el centro del lago. La mujer pelirroja alzó la cabeza cuando el hombre rubio se inclinó sobre ella, sonriendo con vigor. Era fuerte él, y tenía dientes muy blancos, en contraste con su piel bronceada por el sol y la nieve.

—¿Feliz, Sharon? —preguntó.

—Mucho, Kurt —afirmó ella, risueña, suspirando.

Él se inclinó más aún. Se besaron...

La imagen era nítida en los binoculares que sostenía la dama.

Ella rió entre dientes, burlona.

—¿De qué te ríes? —preguntó secamente el hombre, a su lado.

—Compruébalo por ti mismo —sonrió ella, entregándole los binoculares.

Se los dio. Él los graduó, centrándolos en medio del lago. La canoa roja y blanca se recortó límpida en la visual. Y sus ocupantes, besándose.

Bajó los prismáticos, inexpresivo, devolviéndolos a la mujer.

—No van a ponerme celoso, si es eso lo que insinúas —declaró.

—Oh, claro que no —se mofó ella suavemente—. Franz Werner nunca fue celoso de su bella esposa americana, pelirroja... y rica. Otra cosa me defraudaría, querido.

—Sólo podría tener celos de ti, no de ella, Hilde —dijo secamente, mirándola con una expresión turbia en sus ojos claros—. Y lo sabes.

—Muy bien, Franz. Lo sé. No pretendía excitar tus celos. Sencillamente, me divertía la situación. Un triángulo... que se convierte en cuadrado.

—Eso no tiene gracia. Hubiera preferido que Sharon estuviera sola en su canoa, Hilda.

—Oh, claro. Yo también. Pero confío en que el cuarto personaje del vodevil no estropee el último acto.

—Creí que esto era un drama, no un vodevil.

—Tiene un poco de todo. Empezó como una farsa frívola... y terminará en tragedia. Todo un espectáculo, querido —Hilde, la rubia y espléndida Hilde, sonrió, enigmática, volviendo a contemplar la embarcación con sus prismáticos.

Él, inquieto, miró en torno. En el lago era un día apacible, pero el aire fresco no resultaba cómodo en la terraza del restaurante asomado a las aguas, en aquella orilla occidental de Saint Moritz. Quizá por eso estaban solos los dos, contemplando el paisaje en la mesa de mantel a cuadros naranja y blancos, con servicios del almuerzo recién concluido.

—No debes vigilar demasiado —silabeó Franz—. Puedes despertar sospechas...

—¿Sospechas? No digas tonterías —ella dejó los prismáticos sobre la mesa—. Hay cientos de turistas contemplando el lago, las embarcaciones y todo eso. No puede despertar la suspicacia de nadie, cariño.

Se miraron los dos. Él clavó sus ojos en los labios carnosos, palpitantes, entornados en una fría sonrisa calculadora, que no quitaba sensualidad a la magnífica rubia nórdica que era Hilde, desde su cabello color oro casi blanco, hasta sus ojos azul-grises y su figura espléndida, de hembra indómita y avasalladora, toda vitalidad, aire lascivo y tremenda feminidad.

—Haría cualquier cosa por ti, cariño —susurró, sacudiendo la cabeza.

—Ya la estás haciendo —rió ella entre dientes, señalando al lago con un movimiento de cabeza—. Tu bella esposa americana, no sospecha lo que la espera...

—Chist, calla —cortó él, mirando en torno, preocupado. Seguían solos, en la terraza donde el aire húmedo jugueteaba con los manteles, haciéndolos flotar. Solamente los floreros y ceniceros de loza impedían que volasen lejos de las mesas. Añadió él, grave su tono—: Si alguien nos oyera...

—Pero no nos oyen. Ni saben siquiera quiénes somos. Sharon tampoco sabe que estás hoy en Saint Moritz, ¿verdad?

—Verdad —asintió él, humedeciendo sus labios, nervioso—. Si lo supiera... no hubiese citado a ese hombre en su canoa.

—No puedes reprochárselo —se burló Hilde—. No debe encontrar mucho amor en ti...

—No le reprocho nada. No tendría sentido, Hilde. Somos tú y yo los que importamos ahora.

—Espero que sea así —le miró de soslayo—. Vas a tener mucho dinero... y muy pronto, Franz...

—Calla. No hables de eso ahora. Sabes que todo lo hago por ti.

—Y por el dinero.

—Bueno, ambos lo hacemos por eso —admitió él, frotándose el mentón—. Es la mejor solución, y lo sabemos.

—Sí, por supuesto —Hilde miró al lago, sin binoculares esta vez. Reflexionó en voz alta—: ¿Se complicarán las cosas con ese hombre a bordo?

—No, no lo creo —negó rotundamente él—. Nadie puede evitar que ocurra lo que ha de ocurrir, Hilde.

—En eso confío —musitó ella. Y añadió, la vista fija en la lejana canoa roja y blanca—: Es preciso que ella muera... lo antes posible, Franz.

La llamada estalló repentinamente, a espaldas de él.

Karl se volvió vivamente, con asombro y alarma. Soltó el cuerpo joven y turgente que sus brazos sostenían. Una luz de alerta y preocupación centelleó en sus ojos.

—Cuidado —silabeó—. Se ha incendiado el motor.

Sharon se incorporó de un salto, tomando mecánicamente su

toalla escarlata, con la que envolvió su estómago, salpicado por el agua pulverizada del lago. Miró con sobresalto las llamas que brotaban de la popa y retrocedió.

—¿Cómo pudo suceder? —jadeó—. Nunca pasó nada parecido anteriormente...

—Ocurre a veces —dijo Karl, ceñudo, contemplando el fuego—. Una chispa, cualquier cosa que inflame el combustible. No te muevas. Voy a utilizar el extintor...

Corrió junto al volante de proa. Tomó el pequeño extintor a presión, sujeto junto al tablero de mandos. En la popa, las llamas crecieron repentinamente. Sharon gritó:

—¡Cuidado! ¡El depósito de combustible, Karl! ¡Ha debido inflamarse también!

En medio del lago de Saint Moritz, la lancha roja blanca empezaba a humear. Las llamas brotaban tumultuosamente de la popa... Karl, decidido, avanzó hacia allá. Hubo un bramido interior, y la lancha se agitó.

—¡Sharon, al agua! —avisó con voz aguda el joven—. ¡Tírate al agua por si esto estalla! ¡Pronto, ya vienen algunas canoas en nuestro auxilio! ¡Yo trataré de extinguir el fuego!

Sharon vaciló, y Karl, al pasar junto a ella, la empujó sin rodeos, tirándola por encima de la borda. La joven chapoteó en las frías aguas del lago. En la distancia, dos canoas enfilaban hacia la embarcación incendiada.

Karl, decidido, corrió a las llamas, esgrimiendo el extintor. Desde la superficie del lago, no lejos de la canoa, Sharon trató de bracear, de regreso a la lancha para ayudar a su amigo.

Karl presionó el resorte del extintor. Brotó de ésta un chorro...

Lo que siguió fue espantoso. Indescriptible.

Del extintor brotó un chorro a toda presión. Un chorro que, apenas tomó las llamas, se hizo llama él mismo, se propagó con un centelleo cegador hasta la boca del extintor... y éste reventó, en medio de una pavorosa llamarada, entre las manos de Karl.

Sharon gritó con horror cuando la canoa saltó en mil pedazos, y Karl con ella, alcanzándola la onda explosiva, sintiendo el fuego de las pavesas en su rostro y cuerpo, y sabiendo que aquel caos había destrozado definitivamente canoa y ocupante. E incluso, tal vez a ella misma...

Glenn Young llegó justo a tiempo.

Hacía ya algunos segundos que la esbelta canoa a motor fuera una bola de fuego y luego un estallido aniquilador, cuando su propia lancha motora llegó cerca de las grandes manchas de aceite y gasolina, de fragmentos de embarcación, de humo y de restos humanos...

Los brazos musculosos del americano izaron a bordo un cuerpo exánime, ensangrentado. Un cuerpo de mujer en el que incluso el bikini aparecía desgarrado, la piel sangrante, ennegrecidas las quemaduras en la epidermis bronceada...

Izó a su lancha a la forma inerte que se hundía en las aguas. Alejóse, para que los residuos llameantes de la canoa siniestrada no transmitieran el luego fuego a su propia embarcación, y se incorporó, haciendo señas desesperadas a otros deportistas del lago, mientras se preocupaba de atender a la mujer herida.

—Espero que no sea demasiado tarde ya... —Fue lo único que musitó, antes de iniciar la respiración boca a boca en el cuerpo que rescatara de las aguas, y cuyas formas espléndidas mostraban ahora las numerosas huellas de sus quemaduras y heridas al sufrir la vecindad de la terrible explosión.

Luego, otras canoas le rodearon, y una embarcación con el distintivo de Sanidad, partió de los embarcaderos del lago, haciendo sonar una ululante sirena.

Bajó de nuevo los prismáticos Hilde. Estaba pálida. Cambió una mirada con Franz, y le tendió el objeto óptico.

—Míralo tú mismo —dijo.

—¿Fracaso? —jadeó él.

—O algo parecido —confirmó Hilde, secamente.

Miró. Una imprecación escapó de sus labios. Bajó los prismáticos, dando con ellos un seco golpe en la mesa del restaurante al aire libre.

—La han rescatado. Puede que esté muerta... —musitó.

—O puede que no —cortó Hilde, incisiva, muy fría su mirada clara.

El aire jugueteó, húmedo, con su pelo dorado claro. Franz crispó sus facciones de hombre rudo, joven, decidido. Contemplaron la canoa-ambulancia cruzando el lago. Y las demás embarcaciones en auxilio de la siniestrada, cuyos despojos flotaban en el agua, bajo

una nube de humo negro.

—Todo funcionó —dijo Franz—. El cortocircuito en el motor, el combustible inflamado, el extintor lleno de gasolina...

—Pero algo falló. El hombre parece que no ha sobrevivido. Ella sí puede sobrevivir...

—No habríamos conseguido nada, en ese caso.

—Nada —Hilde le miró fijamente—. Sólo ponerla en guardia, si sospecha que hubo algo más que un accidente...

—Habrá que hacer algo —musitó él—. Algo más...

—Claro —convino Hilde, tajante—. Mucho más. Esta vez déjame a mí. Yo no fallaré, querido.

Y sus ojos acerados se fijaron en la distancia, donde quizá una mujer sentenciada a morir, acababa de salvar milagrosamente su vida...

La ambulancia cruzaba rápidamente las calles de Saint Moritz.

Glenn Young alzó la cabeza. Su mirada se cruzó con la del médico y el enfermero alojados, como él mismo, dentro del amplio vehículo sanitario. La sirena atronaba el aire. Había un denso silencio en el interior blanco y aséptico de la ambulancia.

—¿Qué cree, doctor? —jadeó el joven americano.

—No sé qué creer —sacudió la cabeza el médico. Estudió a la mujer tendida en la camilla, con el rostro recubierto de pomadas, brillando sobre sus quemaduras—. Puede quedar desfigurada para siempre. O puede que el doctor Schwartz logre algo. Es un gran cirujano. Sobre todo, en cuestiones de reparación plástica. Todo depende de los destrozos en sus tejidos, señor. ¿Es familia suya?

—No. Nunca la había visto antes de ahora.

—Es americana —dijo el enfermero. Miró a Young—. ¿Usted no?

—En efecto, soy americano también. Ella me pareció una compatriota, pero no estaba seguro. De cualquier modo, no la conozco. ¿Ustedes saben quién es?

—Todo el mundo, en Saint Moritz, sabe quién es la señora Werner. Sharon Rogers, casada con *herr* Franz Werner, pintor. Un matrimonio joven y admirado. Muy ricos... Poseen una de las mejores fincas de la región de Saint Moritz, justamente en la parte de alta montaña, en Klostpitz, a menos de diez millas de aquí...

—Ya. Entonces, su esposo era el hombre que la acompañaba en la canoa... —murmuró Young.

—No —negó el enfermero, con expresión maliciosa—. No era su esposo.

—¿Ah, no? —Estudió, sorprendido, al hombre de bata blanca.

—He visto los restos del hombre muerto en la explosión de la canoa —explicó el enfermero—. Lo conocía superficialmente. En Saint Moritz, todos nos conocemos de un modo u otro. Era Karl Dietrich, un suizo-alemán de buena familia. Muy rico también...

Young miró a la mujer inconsciente y herida que llevaban en la ambulancia. No hizo comentario alguno. Sólo contempló su pelo rojo, chamuscado, sus quemaduras, sus heridas en rostro, cuello, hombros y senos. Sacudió la cabeza, con pesar.

—Era muy atractiva cuando la vi en el lago —dijo—. Espero que vuelva a ser la misma...

El doctor se limitó a encogerse de hombros, sin demasiado optimismo. La sirena de la ambulancia disminuyó su intensidad. El enfermero explicó, rutinario:

—Hemos llegado al hospital...

## CAPÍTULO II

El periódico mostraba unos grandes titulares. Inquietantes y sensacionalistas:

«El Silbador mata de nuevo. Otra muchacha asesinada en la vecindad de Saint Moritz. Monique Dubois, joven francesa aficionada al deporte alpino, muerta a hachazos a las puertas de Klosnitz. Un informe telefónico anónimo, habla de un criminal que silbaba una tonada. Las autoridades helvéticas procederán a una batida intensiva en toda la región, tras este tercer asesinato sangriento del Silbador».

La joven se estremeció. Arrugó el periódico y lo tiró un cesto de papeles con disgusto.

—Nunca debí comprarlo —dijo—. Sólo publican noticias horribles...

Aún no eran las cinco de la mañana y el teleférico seguía inmóvil en su estación, fríamente iluminada en lo alto de la cumbre. No se veía el menor rastro de su vigilante nocturno. No había amanecido, ni siquiera clareaba en el horizonte. La madrugada era fría y hostil. Nevaba con fuerza.

Rossana lamentó haberse precipitado tanto en su decisión. Tal vez debió esperar a que fuese de día para abandonar el albergue y, con él, al odioso *monsieur* Claudel. El inevitable y tiránico Lucien Claudel. El emperador de la moda, como gustaba que le llamaran.

—Al diablo con él —musitó la joven, dando un golpe con el pie en la nieve—. Es mejor estar en cualquier sitio, incluso pasando frío, a soportar un minuto más a ese hombre.

Sabía que romper ese contrato significaba perder la temporada. Claudel tenía influencias en el mundo de la moda. Procuraría

perjudicarla todo lo posible. Con ella perdía una de los mejores modelos para la exhibición de primavera en el albergue de Klosnitz. Eso, estando allí el *cameraman* de la revista *Glamour* para un reportaje exclusivo, no le hacía la menor gracia a Claudel. Pero era demasiado orgulloso para darse por vencido ni siquiera ante una modelo como Rossana Volti.

Ahora estaría maldiciéndola. Pero no movería un dedo por hacerla volver. Ni con ella ni con nadie. Lucien Claudel jamás descendía tanto. Sus modelos eran simples maniqués, marionetas movidas por sus hilos. Él era el genio, el creador, el único irremplazable. O al menos, lo pensaba.

Rossana sopló sus manos. Ni siquiera había tenido tiempo de tomar sus ropas de abrigo. Llevaba su blanco maletín cerrado. En él, los guantes, pantalones y todo eso. Así, en falda, botas blancas y suéter liviano, resultaba una madrugada gélida. Además, nevaba copiosamente. La nevada había empezado la noche antes, cuando mataron en el bosque de enebros a aquella muchacha francesa...

Se estremeció. Había oído detalles del crimen... Un cuerpo semidesnudo, ropas rasgadas brutalmente, hachazos... Luego, con unas tijeras, alguien había trazado un número sangriento en la frente de la desdichada: el número 3. Tercera víctima...

En todos los casos anteriores sucedió igual. Algún maniaco numeraba sus víctimas en la sangrienta serie iniciada en aquel idílico paisaje alpino, que tan lejos parecía hallarse de toda posible señal de violencia.

Impaciente, volvió a mirar su reloj. Las cinco y cinco minutos. El tiempo pasaba lentamente cuando se tenía que esperar. Se acercó de nuevo a las luces de la estación del teleférico. Llamó con voz firme:

—¡Eh, oiga! ¡Oiga, escuche! Si está dentro alguien, déjenme entrar, por favor... Hace mucho frío aquí...

Golpeó una vidriera iluminada, en la cabina de mecanismo de tracción del vehículo colgante. No sucedió nada. Tal vez el vigilante se había dormido. O estaba en otro punto de la estación.

Rossana se conformó. Debía esperar. Sentóse en un banco, frente al cerrado quiosco de *souvenirs* y postales turísticas. El frío hirió sus muslos y pantorrillas, al cruzar las piernas. La falda escocesa era demasiado breve para protegerla del frío cierzo de madrugada.

Recordó lo que dijera la radio aquella misma noche, en el

albergue:

«Se temen copiosas nevadas. Las autoridades del Cantón adoptan medidas de emergencia por si el temporal llegase a hacerse todo lo intenso que se teme bloquease los medios de comunicación en los Grisones...».

La nieve azoto, a ráfagas, sus muslos bajo la falda a cuadros. Y el charol blanco de sus botas altas. Se puso de otra forma más recogida, pero no pudo evitar que los copos blancos siguieran posándose en su cabello negro y en sus erguidos pechos, que el jersey liviano dibujaba nítidamente.

Rossana apretó los labios carnosos, dominando cómo pudo el frío y la incomodidad.

Luego, de repente, supo que no estaba sola. Y sintió alivio.

Las pisadas sonaron tras ella, haciendo crujir la nieve con fuerza. Empezó a volverse, esperanzada.

—Oh, ya era hora —murmuró—. ¿Va a salir ya el teleférico...?

Se detuvo. Enmudeció, sorprendida. Miró al personaje extraño, de larga prenda sobre los hombros, como una capa o un abrigo de amplio vuelo negro, como unas alas flotantes... Observó las gafas de nieve, de vidrios amarillos, salientes, de montura plástica, como una máscara sobre la faz...

Y vio los guantes. Los guantes negros, ciñendo sus manos. Y en una de esas manos... ¡las tijeras!

Jamás vio unas tijeras iguales, salvo en el taller de modistería de Lucien Claudel, o en la sección de corte del establecimiento, cuando se preparaban los modelos.

Largas, afiladas, agudas, centelleantes... Tijeras de tamaño de una daga o un largo cuchillo...

Se incorporó de un salto, muy pálida. Miró aquellas tijeras horribles. Tembló...

—¿Qué... qué significa...? —comenzó.

El misterioso personaje avanzó hacia ella. Sus labios invisibles emitieron un sonido sibilante, como un jadeo.

Ese jadeo se hizo silbido. El silbido se hizo música...

Rossana retrocedió, angustiada, trémula. Repentinamente, como en un infernal rompecabezas saltaron ante ella titulares de prensa, comentarios, voces...

«El Silbador... Otra muchacha asesinada...».  
—¡Pobre chica! ¡La abatió a hachazos...!  
«El criminal silbaba una tonada...».  
—Estaba semidesnuda, cubierta de sangre...  
«Tercer asesinato sangriento del Silbador...».  
—¡Grabó a tijeretazos un número tres en su frente...!  
«Muerta a las puertas de Klospitz...».  
—¡Hay que evitar que cualquier chica camine sola de noche, por esos parajes...!

Gritó.

Gritó agudamente, desgarradora su voz. Dio media vuelta, trató de huir, de correr lejos, muy lejos...

El silbador saltó sobre ella. Como un ave siniestra llena de elasticidad y fuerza...

El alarido de Rossana Volti ahogó el chirrido espantoso de las tijeras, al hincarse en su nuca...

Luego, cuando cayó, debatiéndose en la agonía, la mano enguantada recuperó las tijeras sangrientas, dejando un boquete en la nuca, entre el negro cabello enrojecido... Y siguió golpeando, golpeando, hincando la doble punta afilada en la carne de aquel cuerpo esbelto, seductor, bellísimo...

Sólo cuando Rossana Volti dejó de agitarse en la nieve, repentinamente roja, el criminal extrajo las tijeras con un impulso brusco y violento. Se apartó riendo entre dientes, emitiendo su sonido sibilante, la melodía de *Peer Gynt*...

Después, rasgó de un tirón el acribillado suéter de la joven. Sobre su torso trazó a golpes de tijera un rústico número cuatro...

Eran casi las cinco y quince minutos. Desapareció entre la espesura, agitando su capa o abrigo-capote negro.

Apenas unos minutos más tarde, zumbaba el motor del teleférico rojo. Y bostezando apaciblemente, el vigilante nocturno del mismo iniciaba su jornada matinal, cuidando del medio de transporte alpino...

A menos de cincuenta metros de él, yacía en la nieve, cada vez más frío, un hermoso y ensangrentado cuerpo de mujer.

Dificultosamente, el automóvil, provisto de cadenas, salvó el

último tramo de carretera nevada, bloqueada ya oficialmente para el tránsito rodado, según los últimos boletines meteorológicos. La nieve seguía cayendo en abundancia, haciendo más y más difícil el trayecto, más y más penosa la visibilidad.

—Hemos llegado —jadeó Glenn Young, echando suave, lentamente, los frenos al vehículo, mientras el hielo bajo las ruedas encadenadas, era como una pista deslizante, sumamente peligrosa.

—Cielos, nunca creí que lo lograra —masculló Franz Werner, enjugándose el sudor—. Gracias, amigo. Es usted un verdadero campeón del volante.

—Hubo suerte, eso es todo —Glenn Young giró la vista atrás, contemplando la densa niebla, la copiosa nevada y el terreno abrupto, blanco, erizado ya de bloques helados—. Por el momento, lo imposible es el regreso. Sería como suicidarse.

—Ni sueñe en volver a Saint Moritz hoy —declaró Werner—. Ni siquiera mañana, señor Young. Conozco estas tierras. Puede que pasemos una semana o más, totalmente aislados. Por fortuna, Klostpitz no es un villorrio. Es pequeño, pero hay reservas de todas clases para situaciones así.

—Bien, confío en que la obligada permanencia aquí arriba no sea demasiado prolongada, señor Werner.

—No, no lo será. Pero si no le gusta la alta montaña...

—Todos los lugares hermosos me gustan. Y me gusta el deporte —sonrió Young—. De modo que no se preocupe por mí. Lo pasaré bien aquí.

—El auténtico norteamericano: joven, vital, deportista... —Franz Werner sonrió—. Conozco su raza. Mi esposa es compatriota suya. He estado tres veces en Estados Unidos.

—Bueno, no todos somos iguales —rió Young—. También hay norteamericanos gordos y con barriga, que jamás practican un deporte. Le llevaré hasta su residencia. ¿Sabe si el albergue queda lejos después?

—Está ahí mismo —señaló adelante—. A la entrada del pueblo. Pero usted vendrá a casa y...

—No, no, señor Werner. Le agradezco la invitación, pero prefiero el albergue. Va a necesitar muchos cuidados su esposa desde este momento. Demasiados, para tener el problema de un huésped de más. Le prometo visitarles con frecuencia. Pero le

agradeceré me deje en el albergue. Lo que he hecho por ustedes, lo hice gustoso, dadas las circunstancias.

—Nunca sabré cómo agradecerle... —Los ojos claros de Werner se fijaron con aparente cordialidad en el joven norteamericano.

—Olvídelo —suspiró Young. Miró al compartimento de atrás, a la enfermera suiza, de un cabello rubio pajizo, y edad mediana, que cuidaba de la paciente tendida en la camilla, bajo las sábanas y mantas—. Lo importante es que la intervención quirúrgica del doctor Schwartz haya resultado bien... y su esposa recupere su primitiva belleza en toda su plenitud. Ya que su vida no corre riesgo alguno, ahora todo se centra en su apariencia física. Tengo fe en que todo irá bien. ¿Usted no?

—No sé qué pensar —sacudió la cabeza, mirando de reojo a su esposa, dormida o inconsciente bajo el efecto de la última dosis de calmantes—. Es tan nerviosa, tan impresionable... y daba tanta importancia a su atractivo físico...

—Es lógico. Ella era... supongo que es... muy hermosa —carraspeó el joven turista norteamericano—. Cuide mucho de ella. Va a necesitarle desde ahora.

—Por supuesto. No la dejaré un momento. Ella es muy importante para mí, señor Young... Más de lo que usted imagina —sus ojos claros se entornaron, inexpresivos—. Lo que me pregunto aún es cómo pudo suceder aquello...

—Un lamentable accidente —suspiró Young—. Las autoridades investigan eso ahora. Pero ya han ocurrido otras veces, cuando los motores son tan potentes y hay cualquier fallo eléctrico, junto a la reserva de combustible. No piense más en ello.

—Costó una vida. La de un buen amigo de mi esposa.

—Sí —Young entornó los ojos. Como un *flash* cinematográfico, acudió a su mente la imagen rápida de una pareja besándose a bordo de una canoa roja y blanca: la esposa... y el «amigo» muerto. Asintió, sin expresar nada—. Pero su esposa vive. Es lo que cuenta...

—Ahí es —dijo repentinamente Werner—. Nuestra residencia.

Glenn detuvo el coche. Miró al exterior. Una bonita casa de piedra y troncos, típicamente alpina, rodeada de un bosquecillo de abetos y una cerca, junto a una ladera y un promontorio nevado. Un sendero lateral señalaba con un tablón: «A la pista de slalom

gigante».

—Le ayudaré —dijo Young—. Luego, iré al albergue...

El albergue.

Hotel, cantina, restaurante y centro de reunión montañera, todo en una pieza. Eso era el amplio edificio de empinado tejado, dos plantas y desván. Delante, un porche con cobertizo de troncos, del que colgaban festones de hielo y nieve. Numerosos fuegos de leña, calefacción, muros de madera, confort y comodidad. Olor a buena comida y buena cerveza. Y a madera de pino sobre todo.

Le sorprendió la presencia del autocar en el exterior. Y los numerosos automóviles alineados. Fijó su atención, especialmente, en uno de ellos. Arrugó el ceño.

—Venía detrás de nosotros, por la carretera de ascenso —recordó, al ver la nieve acumulada en su techo y parabrisas, y las cadenas todavía enredadas en torno a sus neumáticos. La carrocería azul era inconfundible—. Nunca creí que llegaría hasta aquí...

Pero había llegado. «Sin duda, un buen conductor», pensó... Creyó recordar que era una mujer. Leyó, curioso, la tarjeta del parabrisas: «Hilde Brenner. Zúrich. Con federación Helvética».

Young entró en el albergue. Respiró con fuerza el cálido y agradable ambiente. Estudió en torno a sus numerosos ocupantes, en su mayoría mujeres, para sorpresa suya. Y no deportistas, según pudo colegir de su aspecto estilizado, aristocrático, algo sofisticado. Formaban cuando menos un nutrido grupo de casi una docena de espléndidos y elegantes ejemplares femeninos, desde las rubias platinadas a las morenas de tez olivácea, pasando por pelirrojas y castañas.

Todas ellas, rodeando a un individuo indescrptible, pequeño y nervioso, grandilocuente y afeminado de ampulosos ademanes y voz atiplada, con largo cabello rubio, rizado y escaso, ojos huidizos y aire truculento. Hablaba en un francés agudo y autoritario. Ellas le escuchaban, entre sumisas y aburridas.

Glenn Young pasó junto a todos ellos, contemplando curioso a la hilera de estupendas muchachas. Ellas, igualmente, también le miraron a él. Su alta y atlética figura, su rebelde cabello y su expresión agresiva, viril, de ojos verde oscuro, tez bronceada y enérgica, boca apretada, sobre el mentón hendido por un acentuado hoyo que era casi un tajo en su dura epidermis, le hacían

particularmente atractivo para las damas.

Se detuvo en recepción. El hombre allí empleado conversaba con un hombre de uniforme verde pardusco, de pana, con un emblema rural. Llevaba rifle al hombro y pistola en una funda de piel, en la cintura. Parecía un guarda jurado o cosa parecida. Le miró de soslayo al verle llegar, con expresión cauta.

—Buenos días —saludó Young—. ¿Tiene habitación?

—Casualmente, una sola —fue la respuesta—. Había dos, pero una viajera ocupó hace poco una de ellas. Es una de las veces que más gente se ha alojado aquí. Entre el temporal y el desfile de modelos...

—¿Modelos? —Miró de soslayo a las damas elegantes y al caballero francés de voz atiplada y ademanes rebuscados—. Oh, entiendo... Bien, la tomaré, sea como sea.

—Tiene otro alojamiento al final de la población, si desea. Pero la habitación que queda no es mala del todo. Algo pequeña. Tiene baño, sin embargo. ¿Turista, señor?

—Sí —afirmó—. Americano.

—¿Nuevo en Klospitz?

La pregunta la hacia el hombre del rifle. Se volvió. Ambos se quedaron mirando mutuamente.

—Sí —afirmó—. Vengo de Saint Moritz. He traído a la señora Werner.

—Oh, ya oí hablar de eso —el otro asintió, tendiéndole la mano—. La señora Werner y su accidente en el lago... Soy Strauss, el agente de policía local. Mitad municipal, mitad rural, ya sabe.

—Entiendo —Young estrechó la mano—. Glenn Young de Nueva York. Estoy de vacaciones.

—No le sorprendan las preguntas, señor Young —habló Strauss—. La región anda un poco revuelta. Llevamos cuatro asesinatos en poco tiempo...

—¿Cuatro? —Young pestañeó, asombrado—. Cielos. ¿Qué clase de asesinatos?

—Muchachas solitarias. Algún sádico, sin duda. Las mata brutalmente.

—¿Violación?

—No, hasta ahora, no. Sólo las tortura y mata. No es un maníaco sexual, según parece. Pero no le anda muy lejos. Tal vez su placer

esté solo en matar, no en ultrajarlas. No sé, esto es todo muy raro. He pedido ayuda a las autoridades de Saint Moritz. E incluso a Chut la capital del cantón. Iban a venir esta semana. Ahora lo veo difícil, con este temporal.

—Sí, también yo... —convino Young, meditativo—. Acabo de subir la carretera. Salvo esa mujer que se alojó aquí antes que yo, no creo que me siguiera ya nadie más.

—¿La mujer? —El guarda rural asintió—. Oh, Hilde Brenner, de Zúrich... Sí, ella es una gran conductora. Y una mujer muy valiente.

—¿Vive aquí habitualmente?

—Sube con frecuencia a Klospitz, a practicar el deporte alpino. Tiene un pequeño negocio turístico en Saint Moritz. Relojes suizos de pared y cosas así. Lo de siempre, señor Young. Bien, le deseo feliz estancia en Klospitz. Cuando menos, hasta ahora no debemos preocuparnos de los hombres, pero las mujeres... —Tomó un diario de Lugano y lo puso ante los ojos de Young—. Vea. Ella ha sido la última víctima. Ocurrió la última madrugada...

La edición del periódico traía grandes titulares:

#### «LA CUARTA VÍCTIMA DEL SILBADOR»

«Rossana Volti, modelo italiana del grupo de *monsieur* Claudel, fue acuchillada con unas tijeras gigantescas, junto a la estación del teleférico, en la madrugada. Esta vez no hubo testigos del crimen, pero todo acusa la técnica del Silbador».

—¿El Silbador? —Young arrugó el ceño—. Oí algo de eso en Saint Moritz, pero no presté mucha atención.

—Pues es un tema desgraciadamente importante para Klospitz. Parece ser éste su centro de actividades... No entiendo lo que ocurre. Esto fue siempre un sitio tranquilo...

Young echó una ojeada a las noticias. Se enteró de los hechos superficialmente. Una muchacha montañera, muerta en pleno descenso del *slalom*, hacía ya dos semanas. Con tijeras también. Seccionadas las carótidas. Algo brutal. Luego fue una desconocida, una forastera de mala nota. En las proximidades de un albergue de montaña, en súper Klospitz. Se suponía que se vio con alguien allí. Llevaba dinero. Trescientos francos suizos. No la robaron. La habían

matado salvajemente: la golpearon, dejándola aturdida. Luego, el asesino manipuló una máquina quitanieves. Las cuchillas destrozaron el cuerpo femenino brutalmente. Alguien había oído el ruido de la máquina funcionando. Al acercarse, la máquina cesó. Y se oyó un silbido, alejándose. El testigo de turno dijo que le había parecido reconocer un fragmento del *Peer Gynt*, de Grieg.

Después, Monique, una joven turista francesa, que tomó el último teleférico, muerta a hachazos en el bosquecillo próximo. Y, finalmente, la modelo italiana, de madrugada, víctima otra vez de las tijeras... Las largas, terribles, afiladas tijeras del Silbador...

—Es un feo asunto, sí —convino Young, dejando el periódico—. ¿Sospecha de alguien?

—De todo el mundo —confesó el policía Strauss secamente. Miró en torno, preocupado—. Y vea eso: un puñado de bonitas mujeres, aparte las que vienen a hacer turismo y deporte... Sólo faltaba una complicación así. Todas pueden correr peligro de muerte, ¿se da cuenta?

—Me doy cuenta —las examinó una a una—. Todas son hermosas, atractivas, jóvenes... Justo lo que su asesino busca, Strauss... No, no envidio su tarea. A menos que lleguen pronto los policías de la ciudad.

—Si no lo hacen en helicóptero, veo difícil que logren llegar —se lamentó Strauss, mirando a los remolinos de nieve, visibles a través de las ventanas del albergue—. Además... incluso los vuelos en helicóptero serán pronto muy arriesgados, si esto sigue así...

Glenn Young recibió su llave. Firmó en el libro-registro y subió las escaleras, dirigiéndose a su habitación. Apenas desapareció, Strauss miró el nombre escrito.

—Glenn Young... —comentó entre dientes. Sacudió la cabeza—. Debo comunicar telefónicamente con la policía de la ciudad. Quiero los datos de ese hombre. El Consulado de Estados Unidos me los proporcionará...

—¿Sospechas de él, Strauss? —indagó el conserje del albergue.

—De todos, Köhner —replicó el guarda rural—. De todos... incluso de ti o de tu jefe. Cualquier persona, nativa de Klosnitz o forastera aquí, puede ser el culpable de esos horribles crímenes...

Strauss se alejó, profundamente pensativo. Al pasar junto a las muchachas del grupo de *monsieur* Claudel las contempló,

preocupado. Eran un admirable racimo de chicas bonitas. Incluso había una mulata y una indonesia.

—¿Fascinado por la belleza femenina, Strauss? —rió una voz seca, cerca de él.

Se volvió, malhumorado. Cambió una ojeada con el hombre gordo, fuerte y rubio, de pelo muy rizado, como caracoles dorados, que reía tras una alta jarra de buena cerveza negra. Hizo un gesto elocuente.

—Fascinado por el peligro —masculló.

—¿Peligro? ¿Qué peligro? —arrugó el hombre gordo sus hirsutas cejas casi blancas de puro rubias.

—El que ellas corren, Muller —atajó, incisivo, el policía local.

Y se alejó, dejando solo y ceñudo a Otmar Muller, el propietario del Albergue Alpino de Klosnitz, saboreando su negra cerveza espumosa. Junto a él, alguien había escuchado el rápido intercambio de palabras: una mujer fría, serena, calmada, de pantalón de espuma azul y suéter amarillo, ajustado a su opulento torso de mujer nórdica. El cabello era rubio platinado, los ojos azul grises, la boca carnosa, sensual, tanto como toda su exuberante silueta.

—¿De qué peligro habló Strauss, el guardia? —se interesó.

Muller se volvió, mirando a su vecina de mesa. Se expresó con deferencia, tratando de suavizar el gesto de su ancho semblante hosco. También disimuló cuanto pudo la centelleante expresión lasciva de sus ojos estrechos, al fijarse en la mujer. Pero eso era más difícil, porque Otmar Muller no podía jamás mirar a una mujer como aquella de modo limpio y honesto.

—Señorita Brenner, se trata de esos crímenes... —empezó.

—¿Crímenes? —Ella hizo un gesto evasivo—. Oh, algo leí en Saint Moritz. Creí que los periodistas exageraban...

—Pues no, no lo hacían, señorita Brenner. Hay un maníaco asesino entre nosotros. No sé quién pueda ser, pero lo hay. Ataca a mujeres solitarias, de modo que tenga cuidado...

—Lo tendré —afirmó rotunda ella, con expresión pensativa—. Tendré mucho cuidado, señor Muller. No me gustaría acabar mis días en este villorrio, ciertamente. Y menos, en las garras de un loco criminal como ese... ¿No se tiene pista alguna sobre su posible identidad, *herr* Muller?

—No, ninguna —rechazó el dueño del albergue, apurando su enorme jarra de cerveza de un largo trago. Se limpió los labios de un manotazo, y añadió—: Lo mismo podría ser un hombre que... una mujer.

—¿Una mujer? —dudó Hilde, pestañeando—. ¿Es posible que... una mujer sea capaz de algo así? Creo que todas las atacadas eran del sexo femenino...

—Lo fueron, sí. Pero una mujer puede ser tan cruel o más que un hombre. Y también todo lo fuerte que él, sobre todo si no es normal. Aparte de eso, aquí hay mucha mujer deportista, fuerte... Usted mismo, señorita Brunner...

—Yo... ¿qué? —Fue la pregunta brusca y agresiva de ella.

—No se enfade —rió Muller, poniendo en pie su rolliza humanidad—. Sólo es una suposición. Usted es una mujer atlética, fuerte. Hay otras así. Una de esas características... podría ser el asesino misterioso, no le quepa duda.

Y con otra risotada se alejó, abriéndose paso entre las mesas de la sala. Hilde le miró con expresión molesta y bajó la cabeza.

—Cerdo... —Silabeó—. Tú sí podrías ser esa clase de tipo... Sólo hay que ver cómo miras a las mujeres... y la fuerza que debes tener...

## CAPÍTULO III

Young terminó de cenar. El calor del hogar, frente a la mesa que ocupaba en el comedor de muros y suelos de madera confortable, resultaba gratísimo aquella noche. Afuera, ululaba el viento. La nieve golpeaba los vidrios con fuerza.

La televisión sufría una avería momentánea y la pantalla iluminada presentaba sólo rayas intermitentes. Un repetidor había recibido daños por el temporal. Alguien conectó la radio, que emitía músicaailable. De vez en cuando daban boletines de noticias, especialmente meteorológicos.

El temporal duraría aún bastantes horas. Y aunque amainase al amanecer, eso no significaba nada definitivo. Las noticias eran pesimistas: se hallaban bloqueadas las carreteras, suspendido el tren-cremallera y aislado por completo el teleférico y el telesilla, que no debían ser utilizados. El modo más seguro de llegar desde Klospitz a la estación del teleférico, era esquiendo ladera abajo. A partir de allí, se recomendaba que nadie se arriesgase a descender hacia Saint Moritz.

Lucien Claudel estaba furioso. Eso era evidente. Divertido, Young escuchaba sus diatribas, en francés gesticulante y amanerado, a su hilera de sumisas modelos de diversos colores de cabello y de piel:

—¡Esto es intolerable, *mon Dieu*! Aquí encerrados, sin poder realizar el desfile, ni tomar la película de los nuevos modelos, en la nieve, como hemos convenido... Si el tiempo sigue así, no sólo perderemos estas fechas estúpidamente, sino que también llegaremos tarde a la exhibición de modelos en Zúrich y en Viena... ¡Un desastre, una ruina total, si *madame* Renard presenta antes su serie de creaciones de alta costura! ¡Esa maldita mujer tiene demasiada fortuna! ¡Ella estará ahora tan tranquila en San Remo, y no imaginará siquiera lo que me sucede a mí en este horrible lugar

lleno de nieve, de frío y de molestias! ¡*Madame* Renard puede ganarme la partida y arruinarme esta temporada! ¡Es horrible, incalificable, molesto e indignante que yo, *monsieur* Claudel, árbitro de la moda femenina, me vea detenido en este villorrio por... por un simple temporal de nieve!

—*Monsieur*, deberíamos pensar algo más en la pobre Rossana y no en los modelos de la primavera solamente, ¿no cree? —musitó, con cierta nota de indignación, una de sus jóvenes modelos.

—¿Qué? —El modisto pegó un salto en su asiento. Furioso, buscó con la mirada a la que había osado hablar así. Su mirada centelleante se clavó en la muchacha—. ¿Quién le ha dado a usted permiso para exponer opiniones ajenas a su trabajo, *mademoiselle* Scott?

—Nadie —replicó ella fríamente—. Era amiga mía. Siempre estábamos juntas. Ahora, Rossana está muerta. Creo que es momento de mencionar eso y lamentarse cuando menos en vez de pasarse la vida maldiciendo por el tiempo y las dificultades en la exhibición de modelos.

—Señorita Scott, su amiga Rossana Volti fue la única culpable de lo sucedido, ¿está eso bien claro? —gritó histéricamente el modista—. No se hable más de ella en mi presencia. Ella se lo buscó. He prohibido terminantemente hablar del asunto.

—Ella no se buscó nada. Expuso una opinión, *monsieur*, y usted la despidió en esas horas intempestivas provocando su trágico final. No es usted quién, por tanto, para impedir que se hable de... de un asesinato.

—¡Escuche bien, *mademoiselle* Scott! —chilló Claudel, agitando sus brazos enfático—. ¡Aquí solamente yo mando, y soy yo quien ordena que no se hable más! ¡Quien saque de nuevo a colación el tema de Rossana Volti y su desgraciada decisión de indisciplina, podrá seguir su mismo camino inmediatamente! ¿Está claro señorita?

—Muy claro —afirmó ella fríamente. Se puso en pie. Era alta, levemente pelirroja, muy atractiva y esbelta. Tenía elegancia y distinción. No era quizá tan llamativa como otras, pero poseía mayor distinción, y un gran *sexy* desde su bonito rostro hasta su figura estilizada—. Adiós, *monsieur* Claudel. Espero que mañana me liquide usted el dinero que me corresponde, y pueda marcharme

lejos de su odiosa presencia.

—Señorita Scott, ese acto de indisciplina y arrogancia le costará caro —jadeó el modista, lívido—. ¡Soy muy mal enemigo y lograré hundirla como modelo, señorita! ¡Ahora mismo le voy a abonar su dinero, y puede abandonar inmediatamente este albergue!

—No, *monsieur* —cortó fríamente la joven—. Yo no quiero enfrentarme al asesino de Klopsitz para darle a usted ese morboso placer. Me quedo, hasta que me parezca bien marcharme...

Y dio media vuelta, dejando al modista enfurecido, con su rostro en plena congestión. Se encaminó, con suave, elegante taconeo, al bar de madera de pino, situado al fondo, bajo unas luces tamizadas, que no impedían los amables reflejos cárdenos del hogar donde crepitaban los leños resinosos.

Glenn Young miró al grupo de modelos. Todas bajaron los ojos, como avergonzadas por lo que acababa de suceder. Enjugándose el sudor de su rostro crispado, el afeminado *monsieur* Claudel se iba hacia las escaleras de acceso al piso alto, mascullando entre dientes, y dando a sus andares un aire presuntuoso y rebuscado.

El joven americano se puso en pie. Se acercó al mostrador. La joven modelo pelirroja pedía en ese momento un cóctel de *whisky*. Le ofreció un cigarrillo, ofreciendo Young su pitillera y pidiendo otro cóctel idéntico.

—¿Fuma, señorita Scott? —preguntó sonriente.

—Sí, gracias —aceptó ella suavemente, tomando el cigarrillo.

Él lo encendió. Prendió también el suyo. Fumaron en silencio. Les sirvieron los combinados. Young puso un billete en el mostrador. El barman lo tomó.

—¿Americana? —indagó Glenn.

—No. Inglesa —le miró a él—. ¿Inglés?

—No. Americano —rió él.

Rieron ambos. Bebieron. La tensión se había relajado ya. La joven se expresó con lentitud, casi pesarosa:

—Ha debido sacar una mala impresión de todas nosotras, ¿verdad, señor...?

—Young. Glenn Young. Pero no me llame «señor» —pidió él—. Es algo que detesto.

—Tampoco me gusta que me llame a mí «señorita Scott» —sonrió ella—. Mi nombre es Hazel. Hazel Scott, modelo de alta

costura con la firma Claudel... hasta ahora justamente.

—Eso ya lo vi —sonrió Young—. Bien, Hazel. ¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé —se encogió ella de hombros—. Cualquier cosa menos intentar salir de este lugar en plena noche. Parece muy peligroso, Young...

—Sí, ya lo sé —Glenn miró en derredor. Sus ojos se fijaron en una serie de animales disecados, desde jabalíes y cabezas de renos, hasta pájaros y felinos, formando hilera en una estantería de la planta alta. La luz del techo dibujaba sus sombras fantásticas en el muro de troncos y piedra. Comentó, mirando ahora a la joven inglesa—: Hay un asesino suelto por ahí. Un asesino de mujeres...

Hazel se estremeció. Sus labios temblaron al musitar:

—Mi pobre amiga Rossana...

—¿La quería mucho?

—Mucho. Era mi mejor amiga y compañera. Su muerte... me dejó destrozada. Pensé marcharme entonces, pero éste es mi primer trabajo importante como modelo, y Claudel tuvo razón en algo: es muy importante en el mundo de la alta costura. Eso es una jungla de seda y de envidias, de odios y de bajezas... No creo que vuelvan a aceptarme en ninguna casa importante. Enfrentarse a Claudel es arruinarse como modelo profesional.

—No creo que sea para tanto. Si usted vale, seguirá adelante, estoy seguro. Supongo que ser modelo, no significa tener que ser esclava y someterse a todo. Hizo bien. Lo último que una persona puede perder es su dignidad.

—La dignidad... —suspiró ella, irónica—. Siempre procuré conservarla. Pero eso me impidió ganar dinero.

—Sí, son dos cosas que se llevan bastante mal —rió en voz baja Young.

Bebieron sus combinados. Ella miró en derredor. Además de sus compañeras, que la miraban de soslayo, temerosas, sin querer intervenir en la cuestión, había en la sala deportistas de ambos sexos. Pero todos, paulatinamente, se iban retirando ya a sus habitaciones, bostezando o desperezándose. El temporal de nieve podría aislarles del resto del mundo, pero no iba a impedir que al día siguiente practicasen sus deportes favoritos en las blancas pistas naturales.

Lentamente fueron quedándose solos. Un camarero acudió al pie de la escalera, a la llamada enérgica y atiplada de *monsieur* Claudel, cuando éste bajó del piso alto. Se encaminó luego hasta Hazel Scott y le entregó un sobre cerrado.

Ella lo abrió. Despectiva, se lo mostró a Young. Éste vio un talón bancario firmado por Claudel, por valor de doscientas libras esterlinas. Y una nota apresurada mente escrita, con la firma Claudel, bajo una corona ducal, en membrete en relieve:

«Señorita Scott:

»Su dinero devengado. Esto anula su contrato. La cláusula de la disciplina ha sido transgredida ante testigos. No puedo darle certificado de buena conducta. Lo siento. Sobre todo por usted. No va a ser un camino fácil el suyo, de aquí en adelante.

»L. C.».

—El viejo ma... rano —jadeó ella con ira. Estuvo a punto de romper el talón en dos, con la nota. Young lo impidió, rápido, quitándole el documento bancario.

—No, no —rechazó él, sonriente—. No haga eso. Es dinero de ese tipo. No se lo haga más barato aún. No sería práctico.

—Quizá tenga razón. Nunca fui una chica práctica.

—Deberá serlo desde ahora, Hazel. No sólo el mundo de la alta costura, sino todo lo que nos rodea, es una jungla. Hay raposas y hienas como Claudel. Y bestia feroces, tigres asesinos o buitres... como el Silbador.

—El Silbador... —Se estremeció ella—. ¿Leyó algo sobre ese monstruo?

—¿Qué cosa? He leído algunas...

—Silba siempre una tonada. De Grieg...

—Oh, sí: *Peer Gynt*. Creo que la última parte: *El rey de las montañas*... Un asesino cultivado, sin duda. Quizá por ello más peligroso. Es una bestia inteligente, y eso dificulta las cosas. Hará bien en no marcharse, Hazel. No se mueva de aquí mientras sea oscuro allá afuera, ni aun de día, con este tiempo... no vaya muy lejos en soledad.

—¿Quién me acompañará? —suspiró ella—. No conozco a nadie.

Mis amigas no se atreverán a salir conmigo, por miedo a Claudel.

—No se preocupe. Yo la acompañaré, si no le importa.

—¿Importarme? —Le miró con alivio—. Será muy agradable tenerle al lado, Young. Y gracias por todo... Ha logrado usted algo magnífico: que me sienta libre y feliz, habiendo roto mis lazos con Claudel y su mundo. Eso, hace una hora, me hubiera parecido imposible.

Le tendió su mano. Young la oprimió calurosamente, con simpatía. Luego, la pelirroja inglesa se alejó hacia la escalera, para retirarse a descansar. El joven americano se dijo que él también empezaba a sentirse cansado.

Se apartó del mostrador. Apenas lo hizo, se encontró con un hombre joven, alto y moreno, de ojos oscuros. Vestía atuendo deportivo de montaña y le tomó con fuerza por un brazo.

—No sé quién es usted, pero ayúdela, por favor —pidió.

—¿Ayudar? —Young enarcó las cejas—. ¿A quién?

—A Hazel. Es una gran chica. Demasiado buena chica para ese mundo de la moda y la alta costura... No es como muchas de las otras. Hizo bien en apartarse de Claudel. Ocurra lo que ocurra. Y eso que yo he perdido bastante...

—¿Quién es usted?

—Pierre Desny. Fotógrafo y cámara de reportajes. Enviado especial de *Glamour*, la revista de la moda que se edita simultáneamente en París. Londres y Nueva York, Estoy metido en este villorrio por culpa del desfile de modelos de Claudel. Esa chica, Hazel, era la mejor modelo. Quería hacerle un reportaje exclusivamente a ella. Ahora debo olvidar eso, o Claudel exigirá de mi publicación que me relevasen... y lo logrará.

—¿Tanta es su influencia?

—No lo sabe usted bien —suspiró el cámara—. Es capaz de todo con tal de dañar a quién le humilla o injuria.

—¿De todo? —sonrió Young.

—Sí, no se burle. Si fuese lo bastante fuerte... incluso sería capaz de matar.

—Matar... —Glenn Young entornó los ojos, reflexionando. Se encaminó hacia la escalera—. Mi querido *monsieur* Desny, creo que a veces, un ser humano, por físicamente débil que sea... puede llegar a matar. Sobre todo, si no es normal o si odia lo suficiente. La

demencia y el odio dan tanta fuerza...

Subió las escaleras sin añadir más. Pierre Desny el fotógrafo de *Glamour*, le siguió con la mirada, y se bebió de un trago su absenta con agua y hielo.

En una mesa alguien, sorprendida la expresión, también giró la rubia cabeza, siguiendo con la mirada al que acababa de hablar de ese modo. Era Hilde Brenner, la nórdica walkiria de exuberantes curvas y fría mirada, azul-gris.

Sus labios sensuales, gordezuelos y brillantes, se movieron, modulando palabras, repitiendo lo que acababa de oír en boca del joven americano del albergue:

—La demencia y el odio dan tanta fuerza... Tanta fuerza...

—Hilde, ¿te has vuelto loca? ¿Qué disparate es ése?

—Puede que no sea ningún disparate, Franz. No son palabras mías, sino de un joven turista americano que no parece tonto... y que, además, salvó a tu amada esposa...

—¡Glenn Young! ¡Ése...! —Franz Werner apretó con ira sus puños. Los dientes chirriaron cuando encajó las mandíbulas.

—Sí, el hombre que os trajo a Sharon y a ti hasta Klospitz —rió entre dientes Hilde Brenner, mirando en torno, a la silenciosa calle desierta, blanca, azotada con el aire helado y la lluvia. Más allá de la ventana de guillotina, entreabierta, Werner, envuelto en un anorak color café, se mantenía dificultosamente en la barandilla de la terraza, susurrando palabras a través de ventana, hacia su amante y cómplice.

—Acabemos —se impacientó Werner—. Debo volver a casa. La enfermera está cuidando de Sharon. Pero puede buscarme por cualquier cosa... O quizá ella me llame si vuelve en sí...

—¿Crees que Sharon te llamará? —se mofó entre dientes ella—. Creí que te odiaba y te despreciaba suficiente para no querer verte más. Sobre todo, después de lo del lago... Ella no se habrá tragado lo del «accidente», ¿no?

—Me temo que no. Su modo de mirarme cuando volvió en sí, tras la operación... —Hubo un escalofrío en Franz Werner—. No sé, Hilde. Casi sentí... miedo.

—¿Miedo tú? —Hilde soltó una seca carcajada—. Creí que no tenías miedo de llegar a ser dueño único de una fortuna de más de

tres millones de dólares...

—Hilde, creí que todo acabaría en el lago. Y no fue así. Sharon vive. Sharon debe saber a estas horas que yo... yo prepararé eso... para ella. No habla, no dice nada. Sigue en su tremendo *shock*, tras el suceso. Sólo dice una frase obsesiva: «Mi cara... Mi cara... Salva mi rostro... Quiero seguir siendo hermosa... Mi rostro...». Es horrible, Hilde.

—No seas cobarde. Lo horrible es que ella viva aún. El dinero sigue siendo suyo. Sabes que su demanda de separación legal está en marcha. Si lo del lago hubiese resultado, ya no habría problemas. Eres su marido. Legalmente, su único heredero. Pero ¿qué sucederá dentro de un mes, de una semana acaso? Si su demanda prospera... ¡adiós dinero! Sabe que no la amas, que deseas su fortuna, que serías capaz de matarla... y que tienes a otra mujer. No me conoce, pero sabe que existo... Es preciso obrar deprisa. Muy deprisa, Franz.

—No podemos intentar nada... Sería funesto, Hilde. Si algo le sucediera ahora a Sharon, después de lo de Saint Moritz, sospecharían de mí...

—Por eso quería hablarte, Franz. No seas necio. No voy a decirte que mates a tu mujer como si la hubiera atacado el Silbador, pongamos por caso. Sería demasiado burdo y admitir sospechas que serían funestas para ambos.

—Entonces, ¿de qué diablos hablabas sobre eso de fuerza que dan el odio y la demencia... relacionados con el asesino de mujeres... y con Sharon?

—Te hablaba del odio y la locura como la fuerza que puede armar un brazo débil... incluso el de una mujer...

—¿Una mujer? —Se agitó Franz Werner—. ¿Adónde vas a parar, Hilde?

—A esto: no hay que darle a tu amada esposa el papel de víctima del Silbador, sino... el de culpable.

—¿Culpable? —El estupor hizo enmudecer a Franz—. ¿Ella... culpable? ¿Eres tú quien se ha vuelto loca?

—No, Franz. Escucha... Escucha bien atento...

El reloj del campanario dio una campanada. Una sola. La una de la madrugada en el blanco, solitario, y frío Klostspitz. El aire era helado, cortante. La nieve caía en copos espesos. Alrededor del

pueblo, todos los caminos estaban bloqueados. Las luces, en las calles empinadas, diluían sus halos azulados sobre el blanco de las calzadas y aceras, y los festones helados de cornisas y salientes.

La muchacha caminó presurosa por la calle. Tenía miedo.

Todas las mujeres en Klospitz tenían miedo últimamente, sobre todo a aquellas horas. Pero había mujeres que no tenían más remedio que salir de noche, fuese la hora que fuese. Kristina Rökk era una de ellas.

Kristina cantaba y bailaba a los acordes de la música de acordeón, en aquella cantina de nota dudosa, al final de la población. Los hombres iban a escucharla. Y, sobre todo, a verla. Era una mujer rubia, casi treintona, rolliza y exuberante. Gustaba a cierta clase de público masculino, y no había nada malo en ello. Eran gente tosca, vulgar, que sentía debilidad por un busto opulento, unas caderas rotundas y unas formas exuberantes, movidas con más o menos gracia, pero con mucha picardía, mientras cantaba en alemán, francés o italiano. E incluso en mal inglés, si el que pagaba era británico o americano.

Estaba cansada. Muy cansada. Se quitó las botas al llegar a la puerta de la fonda de clase modesta donde se alojaba. Ella no ganaba lo suficiente para residir en el albergue. Eso quedaba para turistas, deportistas, modelos y gente así.

Buscó el llavín en su bolsillo, tras una mirada pensativa a los dos solitarios extremos de la calle, silenciosa, deslumbrante de blancura. Canturreó entre dientes la última tonada que bailara en medio de los aplausos de un público cuyos rostros aparecían ya enrojecidos por el alcohol, en especial sus narices y mejillas.

Suspiró con alivio al abrir la puerta de madera. Ya estaba a salvo. Eso, en estos momentos, ya era algo para una mujer. No era miedosa, pero no le gustaba andar sola por Klospitz, existiendo aquel maníaco salvaje y sanguinario en alguna parte...

Claro que aún tenía que cruzar el pequeño patio del edificio, antes de llegar al acceso a los dormitorios de los huéspedes, pero ese rectángulo cubierto de espesa nieve y rodeado de altas vallas de madera y piedra, ya no le preocupaba. Estaba a salvo en él...

Entró. Cerró tras de sí. La fría nieve traspasaba sus gruesos calcetines, pero aun así no se puso las botas, que colgaban de su mano. Dio la luz del patio. Un farol de claridad azulada dio un

intenso tono deslumbrador a la nieve acumulada. Cruzó, canturreando, camino de la angosta escalera de tablas que conducía a los alojamientos.

Kristina suspiró, cimbreado sus formas rotundas por el patio, igual que si tuviera un invisible público pendiente de sus evoluciones. Llegó al pie de la escalera de tablas y se dispuso a subirla. Alzó el rostro...

Su alarido fue salvaje, desgarrador.

La mano enguantada descargó sobre su faz redonda, rubia y congestionada, el sibilante, atroz impacto de aquella forma acerada, centelleante, afiladísima... Partido en dos el rostro virtualmente, una nube escarlata lo invadió.

Ella retrocedió, tambaleante, y la forma oscura brincó sobre ella. Aquel filo de acero, movido demoníacamente por la mano agresora, desgarró su garganta primero, su poderoso torso después. Dos tajos en aspa, que hicieron estallar en un apoteosis sangriento la figura de la desdichada mujer, entre alaridos terribles.

Y el arma extraña, original, aquel patín para deslizarse sobre el hielo, aquella cuchilla afiladísima, capaz de trazar arabescos en una superficie helada, terminó por hender la yugular de la desventurada Kristina. Cayó dando volteretas en la nieve, con un alarido que se hizo gorgoteante estertor. La sangre lo salpicaba todo, en un restallante caos rojo. Paredes, escalera, nieve, muros...

Algunas ventanas se iluminaron. Unos rostros asomaron, despavoridos, cuando la figura del agresor se perdía por la puerta que sirviera para entrar la víctima, tras manipular en su cerradura ágilmente. Una larga prenda, como un sobretodo o una capa, flotó tras el fugitivo.

Una ventana se abrió al fin, y una voz estentórea, chilló en la noche:

—¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Aquí, pronto...!

En la noche helada, bajo la nieve y el viento ululante, hubo un sonido más. Un silbido estridente, lejano perdiéndose en la población nevada: el *Peer Gynt* de Grieg, silbado por el asesino que huía...

El rostro de un testigo despavorido asomaba, lívido por la ventana abierta, gritando una y otra vez su llamada de auxilio.

## CAPÍTULO IV

Strauss respiró hondo. Estaba muy pálido. Solamente vio a Muller y Köhner, el conserje. Y también a un cliente curioso, interesado, cubierto con una bata de lana, como mudo testigo de la escena.

Y, naturalmente, a aquel hombrecillo tímido y amedrentado. Él era el centro de toda la escena.

—Veamos, Heldman —habló el guarda rural, acercándose al hombrecillo—. Dices que viste escapar al asesino...

—Claro que lo vi. Pero es como no ver nada. Solamente sus ropas, su figura escapando en la noche. Vestía de oscuro, por eso se silueta en la nieve. No vi su rostro, ni nada que sirviera para identificarlo...

—¿Aún llegaste a verle golpear a su víctima?

—Sí. El último tajo, exactamente —Heldman tembló—. Fue horrible...

—Lo creo. Todo es horrible. Usar como arma una cuchilla de patinaje sobre hielo, no es cosa que se vea todos los días... Pero no hablemos de eso. Lo cierto es que el fugitivo era el asesino.

—Sí, de eso no hay duda. Tras el último golpe, tiró la hoja de acero ensangrentada y echó a correr. La puerta del patio parecía cerrada, pero la abrió, escapando...

—Sí, hemos hallado la puerta abierta. Y una ganzúa en la cerradura —asintió Strauss—. No hay duda sobre eso: el asesino lo tenía todo dispuesto para huir rápidamente.

—¿Pudiste identificar a ese fugitivo? —se interesó Muller, el dueño del albergue.

—No, no —se apresuró a negar vivamente el testigo—. Eso sí que no...

—¿Ni siquiera podrías jurar si era hombre... o mujer, Heldman? —insistió Strauss.

—No, ni siquiera eso. Parecía alto, pero sus ropas oscuras engañaban acaso. Tenían tanto vuelo... Era como una capa... Una capa flotante, manchada...

—¿Manchada? —se interesó Strauss.

—Sí. Manchada de... de rojo. De sangre... No sé, me pareció una figura rara, fantástica... Me recordó algo, pero ni siquiera sé el qué...

Muller, pensativo, le tendió una jarra de cerveza. El asustado Heldman la bebió de un largo trago, sin respirar siquiera. Se limpió de espuma los labios de un manotazo. Un reloj de cuco, en el muro, marcó las dos y media. Plena madrugada. Heldman pegó un respingo, sobresaltado. Miró con aprensión al reloj mural del cuco.

—No te asustes —rió el gordo y rubio Muller, ruidosamente—. El asesino no te ha seguido hasta aquí, seguro.

—Eso... nunca se sabe —fue el seco comentario de Krauss, el guarda municipal de Klosspitz.

Se miraron todos, aprensivos. Heldman se estremeció, mirando fijamente hacia el muro. Intrigado, fue Glenn Young, silencioso hasta entonces, quien siguió el curso de su mirada. No lo encontró estudiando el reloj de cuco, precisamente, sino algo situado más arriba, sobre una estantería del altillo, iluminado fantasmagóricamente de rojo por las llamas oscilantes del hogar ya agonizando.

—¿Qué miras, Heldman? —se interesó Köhner, el conserje.

—Eso... —señaló tembloroso hacia arriba—. Es... es curioso; pero... pero me recuerda exactamente la figura del asesino que vi escapar... Es casi idéntico. Incluso con sus... sus alas rojas...

Todos miraron arriba, sorprendidos.

El animal disecado que Heldman señalaba era un murciélago de considerable tamaño, obra del taxidermista aficionado que era Otmar Muller, el dueño del albergue... Un murciélago negro, de desplegadas alas laminadas de rojo por el fuego de la chimenea. Rojo, como fulgores de sangre...

—Un murciélago de alas rojas...

—Eso dijo el testigo —Glenn se encogió de hombros—. Heldman parece un tipo impresionable. Y le gusta mucho la cerveza, además. Es un pobre diablo. Trabaja en un horno de confitería. Puede tener razón, después de todo. Un hombre con una larga capa negra o un

sobretudo o capote... si se mancha de sangre el vuelo de la prenda... puede recordar vagamente eso. Es sólo una relación instintiva.

—Pues a Muller no le gustaría mucho.

—¿El dueño del albergue? —rió Young—. Parecía muy contrariado con la comparación. Pero se limitó a comentar que sus animales no se parecían en nada a los asesinos. Y que sólo eran eso: animales disecados y nada más.

—Nunca me gustaron los taxidermistas —dijo secamente Franz Werner.

—A mí tampoco —sonrió Young—. Pero por eso no vamos a acusar a ninguno de asesinato. Y menos aún a un murciélago disecado...

—Esto es enloquecedor —se quejó el esposo de la norteamericana—. ¿Ha oído la radio esta mañana, Young?

—Sí, la he oído. El temporal amaina. Pero pasarán más de cuarenta y ocho horas bloqueados los caminos e interceptados el teleférico y el tren-cremallera. La visibilidad es mala en las montañas, y tampoco los helicópteros tienen muchas posibilidades de llegar indemnes a Klostspitz. Estamos aislados durante un cierto tiempo, señor Werner.

—Aislados... con un asesino peligroso entre nosotros. Hermosa situación, Young...

—No es cómoda ni tranquilizadora. Pero usted y yo estamos tranquilos, cuando menos —hizo un gesto burlón—. Aún no ha matado sino mujeres...

—¿Olvida que tengo una esposa que también, es joven, hermosa... e indefensa? —musitó Franz Werner.

—Cierto —Glenn le miró, pensativo—. Pero mientras esté dentro de casa, bien vigilada...

—Vigilada... —Franz se encogió de hombros, ceñudo—. ¿Quién puede afirmar que alguien no entre y salga sigilosamente de nuestra propia casa, en la noche? Nadie vela durante todas las horas de oscuridad, amigo mío...

—Cierto —convino Young, asintiendo con la cabeza—. Muy cierto... ¿Cómo está la señora Werner? Perdonará que venga a interesarme por ella, pero tras intervenir casualmente en Saint Moritz cuando el accidente del lago y traerles luego aquí, me siento

interesado por la marcha de su estado...

—Lo comprendo, Young, y se lo agradezco de veras —susurró Werner—. Gracias, amigo mío. Ahora verá a Sharon. Pero me temo que todo siga un poco en el aire. Aún no hemos podido quitarte los vendajes del rostro. Pasaran días aún antes de que sepamos...

—Si quedó bien de su rostro, ¿no es cierto? —Young suspiró—. Lo sé. Pero al menos habrá evolucionado su ánimo, habrá salido de su estado de *shock*...

—Eso sí. Parece que está recuperada. Pero extraña. Muy extraña...

No añadió más. Ni preguntó tampoco Young... Poco después estaba ante la paciente. Al fondo de la salita, por cuyo ventanal amplio, asomado a una terraza elevada sobre el jardín boscoso, entraba la luz gris del día, reflejando blancos fantasmales y brillantes en la espesa nieve; la enfermera rubia, de unos treinta años cumplidos, le hizo un gesto amable con la cabeza, sin dejar de preparar una dosis de fármacos en un vaso con cuentagotas.

—Buenos días —saludó afablemente Young, mirando a la cama donde yacía la hermosa compatriota, envuelta en un *deshabillé* vistoso, color verde manzana, bajo el cual eran visibles vendajes y apósitos. Igual que en su rostro, cruzado por anchos vendajes en su frente y nariz, en mejillas y sienes, en mentón y cuello. Solamente sus hermosos ojos, su boca carnosa y bien dibujada, su cabello rojo intenso, derramándose sobre los hombros desnudos, eran visibles. Y sus manos. Manos de uñas bien cuidadas, rotas ahora tras el dramático accidente en el lago. Reposaban, pálidas y tranquilas sobre el embozo.

—Hola —respondió ella con su voz melosa, profunda. Los ojos pardos estudiaron fijamente al visitante—. ¿Glenn Young, mi salvador?

—Solamente Glenn Young, su compatriota —sonrió él.

—Puedo recordarle borrosamente en el lago. Me recogió. Le he visto también en el hospital de Saint Moritz, como entre sueños. La señorita Metz me habló luego de usted...

—¿La señorita Metz? —indagó Glenn, sorprendido.

—Yo —dijo la enfermera, sonriente, acercándose—. Herta Metz. Hablamos de usted... Ahora, su medicina señora.

—Oh, no —rechazó ella—. Sabe amarga. Y da tanto sueño...

—El sabor pasa pronto. Y necesita descansar.

—No, no quiero descansar —pero se bebió la mezcla con un suspiro. Luego, la enfermera se apartó, complacida, y ella hizo un gesto de repugnancia, mirando a Young. Le sonrió—. Le debo mucho, amigo mío.

—No, no me debe nada.

—Sé que incluso nos trajo aquí, en pleno temporal —habló Sharon dulcemente. Crispó sus manos en el embozo—. ¿Es verdad que estamos aislados del resto del mundo?

—No tanto. Un poco cercados por la nieve —rió Young—. Hay que esperar unas horas a que se despejen los senderos.

—Conozco este lugar lo suficiente. Pueden pasar tres o cuatro días así...

—No tanto. Dos, como máximo. Pero no hay problema de provisiones ni de ninguna otra cosa.

—¿Ni siquiera de... policías? —dudó ella.

—¿Policías? —Vivamente Werner miró a la enfermera. Avanzó hacia su esposa—. Señorita Metz, ¿quién la informó de eso?

—Yo no. Había unos diarios aquí. Estaba yo fuera de la habitación —se disculpó la enfermera—. Al volver, la encontré leyéndolos. La reprendí, pero era tarde...

—Sí, era tarde —se enfureció Franz Werner. Se sentó en el lecho — buscó las manos de su esposa. —Querida, debes apartar todo temor y...

—No tengo ningún temor —rechazó ella, serena. Y Young observó la veloz retirada de sus manos, eludiendo el contacto con su esposo. También captó el desvío de la mirada, su centelleo apasionado, como de odio—. No estoy asustada, si eso es lo que te preocupa.

—Bueno, yo pensé que...

—Pensaste erróneamente —dijo ella, riendo entre dientes de modo sarcástico—. El hecho de que ese hombre mate a las mujeres, no me inquieta en absoluto. Hay muchas mujeres que merecen esa suerte.

Y sus ojos profundos sí miraban en esta ocasión, muy fijos, a Glenn Young.

Éste enrojeció. Trató de divagar, con voz insegura.

—Ni... ni siquiera se está seguro de que... sea un hombre el

asesino.

—¿No? —Sharon enarcó las cejas, enigmática—. ¿Acaso una mujer? ¿Crees que existen mujeres capaces de asesinar a otra mujer, querido? ¿Lo crees, realmente?

Las palabras eran tensas, ácidas. Intencionadas, aunque Glenn no parecía advertir por qué. Lo que sí advertía es que Franz Werner perdía seguridad y firmeza por momentos. Muy nervioso, su rostro brillante de transpiración, se puso otra vez en pie, retirándose del lecho de Sharon.

—Querida, será mejor que descanses —susurró—. Estás nerviosa, inquieta... y divagas en cierto modo.

—No, Franz —negó, sin quitarle la mirada de encima—. No divago. Y lo sabes... Oh, perdone, amigo Young. Nuestra charla debe aburrirle.

—Nada de eso —replicó el joven americano—. Me preguntaba, como usted, si una mujer puede matar tan ferozmente a otra...

—Podría jurar que sí —dijo misteriosamente. Luego sonrió, encogiéndose de hombros—. Pero son simples suposiciones, claro. Las cosas deben ser descubiertas probadas, para poder señalar un culpable sin lugar a dudas... ¿Te vas ya, querido?

Se había dirigido a Franz, su esposo, que salía apresurado de la estancia. La enfermera no perdía de vista a ninguno de ellos. Luego Sharon bostezó, con aire somnoliento, cuando ya su marido se disculpaba, torpemente:

—Olvidé que debo terminar mi cuadro, querida... Las horas de luz son tan escasas ahora... Luego subiré a verte.

Salíó, haciendo un gesto de despedida a Glenn. La enfermera desapareció por la puerta que comunicaba con el vecino lavabo. Los dos norteamericanos se quedaron solos. Repentinamente, Sharon elevó sus brazos. Las manos se crisparon patéticas.

—Amigo mío, ayúdame... —suplicó con voz ronca.

—Claro —asintió Glenn, acercándose—. La ayudaré en lo que sea. ¿Qué quiere de mí?

—El... el accidente del lago... —susurró ella, estremecida. Cerró los ojos.

—Olvídelo. Ya pasó. No vale la pena recordar. Lo importante es que está aquí ahora.

—Aquí... Sí, claro. A salvo... —Había cierto sarcasmo extraño

en su voz. Miró en torno, con otro bostezo. Sus ojos se cargaban de sueño por momentos—. Sedantes, reposo... y terror.

—¿Terror? Creí que no le asustaban esos periódicos...

—Oh, ¿los crímenes? No, no es eso... Es miedo... a lo que me espera cuando me quite mis vendas. ¿Habré salvado el rostro?

—El doctor estaba seguro de ello.

—Los doctores siempre creen estar seguros de todo. Hasta que fracasan.

—No sea pesimista. Todo irá bien, ya lo verá.

—Me gustaría que fuese cierto... —Le miró como si fuese a revelar algo—. Young...

—¿Sí?

—Young, mi amigo... Tengo miedo. Miedo a que se repita lo de... lo del lago...

—¿Repetirse? —Pestañeó Glenn—. Cielos, aquí no hay lagos ni canoas a motor, no tema nada y olvide sus pesadillas.

—No, no es eso. Es que... —Se detuvo. Luego, de repente, rió. Agitó sus hombros—. Olvídelo. Mi imaginación va demasiado deprisa. No me haga caso, Young. Buenos días... y gracias.

Cayó en la almohada. Cerró los ojos. Respiró hondo, como si iniciara el sueño.

—Buenos días —deseó gravemente Young. Y se en camino a la salida.

Salió, sin que ella abriera los ojos. Apenas pisó el corredor, para dirigirse a la escalera descendente de la residencia de los Werner, hubo un leve siseo cerca de él. Giró la cabeza. Junto a la puerta del lavabo aparecía, cauta, la enfermera Metz. Le hizo señas.

Se acercó Glenn a ella. Indagó, curioso:

—¿Qué sucede? ¿Algún problema con su paciente?

—No —negó suavemente la enfermera—. Es que escuché algo en sus sueños... Tenía fiebre anoche. Y deliraba... Creo conveniente que usted lo sepa...

—¿Yo? ¿Por qué no su esposo?

—Oh, no; él no... —se alarmó la enfermera—. No sería lo apropiado...

—¿Por qué motivo? Yo apenas si conozco a los Werner, enfermera...

—Lo sé. Pero me inspira usted confianza. No puedo revelar al

esposo lo que ella dijo en su sueño...

—¿No?

—En absoluto, señor. Ella... ella habló de la canoa... Dijo que el extintor de incendios tenía... gasolina... Que todo fue un atentado contra ella. Un intento de asesinato... por parte de su marido y de una amante...

—Cielos, ¿eso dijo? Pudo ser sólo una pesadilla, enfermera Metz...

—Pudo serlo, pero parecía tan agitada... Tuve que enjugarle el sudor varias veces, y administrarle antipiréticos y sedantes... Ella teme morir... Por su dinero. Decía que Franz la odiaba... Y ella también sentía odio... Odio hacia todos sus enemigos... Y miedo a quedar deforme, fea, monstruosa...

—Entiendo —respiró hondo Young. Se frotó el mentón—. De todos modos, enfermera, gracias. Pero creo que le dio demasiada importancia a todo eso. Claro que... no debe decirle nada a Franz Werner. No sería prudente...

—Descuide, señor —afirmó la enfermera, rotunda—. De mis labios no sabrá nada el señor Werner...

Y regresó, preocupada, junto a su paciente.

Mucho más preocupado, Glenn Young se encaminó a la salida de la casa. No vio a Franz Werner en el camino. Ni le buscó tampoco.

La enfermera Metz había salido. Estaba cayendo la tarde.

Despertó lentamente la enferma. Miró en torno, pensativa, desde el lecho. Se estremeció al contemplar los ramalazos de nieve, tras las vidrieras. El temporal no cedía por completo. Eso iba a prolongar el aislamiento.

Se incorporó a medias en el lecho. No se sentía muy fuerte con tanto sedante. O quizá era sólo cuestión mental, porque notó firmes sus piernas y brazos. Se puso en pie. Caminó por la estancia, bien climatizada. Afuera debía hacer frío. Pronto sería noche cerrada.

No quería seguir durmiendo. Ni siquiera deseaba estar acostada. La enfermera tardaría un rato en volver. Su marido quizá estaba abajo, leyendo en el salón. O arriba, en el estudio del desván...

O en la calle. Con su amante.

Le hubiera gustado saber quién era. Pero no lo sabía. Existía esa mujer, ciertamente. Sería fría, hermosa, egoísta, cruel. Capaz de planear un crimen horrendo de acuerdo con Franz. Se estremeció

aunque no hacía frío en la alcoba.

Abrió el armario. Buscó su bata. Allí estaba colgada. La tomó. Para ello, tuvo que empinarse, descolgarla de la percha...

Repentinamente, sus ojos se dilataron, fijos en algo. Allá arriba, en el estante superior. Asomaba levemente. Brillaba. Era de metal frío, acerado.

A sus espaldas, en la mesilla, la radio emitía música suave, bailable, muy amortiguada. La escuchaba mecánicamente. Se irguió. Tocó el objeto. Tuvo que echarse atrás, con un grito ronco.

De no haberlo hecho, quizá se hubiese herido el pie. Vibrando, clavada verticalmente en la madera del suelo estaba la hoja de acero afilado... Un patín de deslizarse en el hielo. Un filo cortante como una navaja de afeitar...

—Cielos... —jadeó—. ¿Qué hace eso... ahí?

Aterrada, avanzó con un estremecimiento. Tocó la temblorosa hoja de acero. La recordó. Uno de sus patines de hielo. Sí, los tenía en ese estante, lo recordaba bien. Frenética, se irguió, buscando en el estante, a ciegas. La radio, a sus espaldas, había cesado la música, para emitir un boletín de noticias diversas del cantón.

Halló dos botas de esquiar. Pero no el otro patín, también unos negros guantes de lana. Manchados de algo robinoso, oscuro... Lo miro todo, perpleja. Eran prendas suyas, lo recordaba muy bien...

—No, no entiendo... —musitó entre dientes, sintiendo que temblaban sus piernas.

Intentó buscar algo más. Manoteó arriba. La radio Hablaba, monocorde, a sus espaldas:

»—... Y en relación con el brutal asesinato de la bailarina y cantante Kristina Rökk, de la Cantina Spöl, anoche en la ciudad alpina de Klospitz, nos informan por radio que se busca activamente a la persona que utilizó una cuchilla de acero de patinaje sobre hielo, para destrozar a la víctima... También según un testigo presencial, el asesino, cuyo sexo sigue siendo ignorado como su propia identidad, parecía un murciélago de alas manchadas de sangre. Sin duda a causa de la larga capa o capote que llevaba el agresor...».

Al manotear, nerviosa, Sharon, cayó algo a sus pies pesadamente. Lo reconoció en el acto: ¡una capa suya, negra, de lana, de amplio vuelo, que no usaba hacía tiempo!

Al golpear el entarimado, descubrió sus numerosas, oscuras manchas rojas, como de sangre. Emitió un grito ronco Sharon, y se desplomó pesadamente al suelo, sin conocimiento, junto a las prendas halladas.

La hoja de acero quedó peligrosamente cerca de ella, de su rostro vendado e inerte...

## CAPÍTULO V

—Es una locura, Hilde.

—No es ninguna locura. Sé lo que hago. ¿Pusiste las cosas donde de indiqué?

—Por supuesto.

—¿Con las manchas de sangre?

—Sí, con todo —afirmó con un suspiro Franz Werner, aireando en torno, inquieto.

Fingió elegir unas postales y unos paquetes de cigarrillos en el estanco y papelería, allá en la parte alta de la calle principal de Klospitz, mientras la noche caía rápidamente.

Hilde se miró sus manos cortadas, cubiertas de esparadrapos cortos. Habló entre dientes con ironía:

—Mi esfuerzo me costó esa sangre, Franz. Todo ha de tener aspecto verosímil...

—¡Es un disparate! —se quejó entre dientes él, mientras fingía buscar una revista, removiendo las publicaciones ilustradas del estante—. Herirte para sangrar, reunir esas prendas que ella hace tiempo que no usa... No va a tragarse la historia por ello.

—Oh, ahora puede que no. Aún no. Pero en cuando haya otro crimen y conozcamos los detalles, procura ocultárselos a ella hasta el momento psicológico —insinuó en voz baja Hilde, adquiriendo en el otro mostrador una botella de loción y una pastilla de jabón—. Entonces, daremos el segundo golpe. Siempre con prendas que ella identifique como suyas...

—¿Y seguimos con el otro sedante, a espaldas de la señorita Metz?

—Por supuesto. Esa enfermera no es demasiado lista ni imaginativa. Además, he estudiado a fondo la cuestión. Sé algo de fármacos. Ese producto produce un sueño liviano e inquieto, del que se puede despertar o no, según los casos. Unido al otro sedante,

la sumirá en un sopor lleno de pesadillas, de obsesiones... Parecerá como si no hubiera dormido, se despertará fatigada, agotada... Si luego descubre manchas de sangre sobre sí, prendas suyas utilizadas en un crimen... ¡terminará creyéndose culpable! Y cuando eso suceda, media victoria será nuestra, Franz. Porque tú hablarás a Strauss, a los demás... con astucia. La interrogarán, se dejará sugestionar por sus propios temores... ¡y confesará lo que nunca hizo!

—Eso... dejará impune a un asesino, Hilde. Ambos sabemos que Sharon es inocente...

—Claro que lo sabemos —rió irónica Hilde Brenner—. Es un complot perfecto, sin embargo. Acusada de asesinato, será internada o condenada. Eso significará tu libertad... y tu fortuna. Nuestra victoria, Franz querido.

—Demasiado complicado todo. Sería mejor fingir que el asesino la ataca a ella...

—Ya te dije que sería una locura, después de lo de Saint Moritz. Podrían sospechar. No, lo mejor es fingir fue ella mató a las mujeres asesinadas... por un oscuro complejo de odio, desprecio y rencor a otras mujeres...

—Pero... pero Hilde, hubo otros crímenes antes, recuerda...

—Lo recuerdo bien. Dos de ellos estando Sharon aquí, antes de bajar a Saint Moritz aquellos días en que preparamos lo de su canoa... Pudo cometerlos también ella.

—Hilde, ¿y los otros dos? Uno ocurrió cuando ella estaba en Saint Moritz, en el hotel, conmigo... El otro... aún peor. Cuando estaba hospitalizada en Saint Moritz. Incluso ahora, con la enfermera Metz...

—Escucha esto, Franz, y no seas vulgar ni ridículo. Estando Sharon y tú en Saint Moritz... tú y yo nos veíamos en otro piso del hotel, durante horas, mientras ella dormía. ¿Dormía realmente? En menos de dos horas podía venir y volver, cometer el crimen...

—Un poco cogido por los pelos, pero ¿y en el hospital de Saint Moritz, tras la operación facial?

—Una hermosa teoría nos ayuda en eso —los ojos de Hilde Brenner brillaban, radiantes—. Ella, al verse deformada, aún siente crecer su odio hacia otras mujeres. Es una enferma mental, una esquizofrénica. Planea seguir matando, con mayor ferocidad si

cabe... Entonces, tras la operación, en esa larga noche que sigue a su operación facial, nada grave por cierto, salvo en lo puramente estético, su subconsciente actúa de nuevo. Sale por una ventana, cosa harto fácil en esa clínica de Saint Moritz, con vistas a las cumbres... Su enfermera duerme afuera. Ella toma el teleférico que, casualmente, sale frente a la clínica, y sube aquí... Mata de nuevo, regresa... Apenas hora y media. En la madrugada, una enfermera se adormila. Pudo suceder así, Franz.

—Es fantástico. Seguramente habrá evidencias concretas de que no pudo suceder como dices tú...

—Correremos ese riesgo. La policía, en cuanto tenga una evidencia, por floja que sea, la aceptará. Todo antes que dejar escapar la ocasión de apuntarse un éxito. Luego, se planea incluso un final trágico, con confesión suicidio y todo eso... y ya no se preocuparán de comprobar nada. En cuanto a la actualidad, con la enfermera Metz, sería simple probar que duerme como una bendita. Y que bebe licor de tus botellas. Tú mismo lo has observado...

—Sí, sí... —Se enjugó el sudor—. Dios mío, ¿y si no resulta todo esto?

—Resultará, querido. Si es preciso, yo misma mataré a alguien, siguiendo la técnica de ese Silbador... y haré que todo acuse a tu esposa. Confía en mí... —Se dirigió a la salida, como si no se conocieran de nada—. Ah, y recoge lo que he dejado bajo ese periódico tuyo...

—¿Recoger? ¿El qué? —balbució Franz.

—Un disco. Lo he robado de ese estante. Es un microsurco con fragmentos clásicos... Una de sus caras es interesante, para que lo dejes con otros discos de Sharon, donde ella pueda encontrarlo...

—¿Acaso es...?

—Sí —afirmó Hilde Brenner, alejándose—. La *suite* de *Peer Gynt*, de Grieg...

Y se perdió calle abajo, como cualquier turista.

Asombrado, trémulo el pulso, descubrió Franz Werner que, efectivamente, el disco citado estaba entre las páginas de su periódico recién adquirido. Lo tomó todo, con disimulo, abandonando también el estanco, y siguiendo calle abajo, por la acera opuesta.

Ni él ni Hilde advirtieron que unos ojos oscuros, astutos, seguían

sus pasos, desde una vecina tienda de *souvenirs* suizos. Glenn Young, el joven norteamericano, estudiaba a ambos personajes con expresión cauta e indigente. Luego, pagó por una cajita de música y se marchó del establecimiento tras los pasos de Hilde Brenner.

—De modo que eso es lo que usted hace en su país...

—Exacto —sonrió Glenn, divertido—. ¿Le sorprende?

—Un poco. Le imaginaba cualquier cosa... menos director teatral, la verdad.

—Dirijo teatro televisado y también espectáculos cara al público, pero aún no me he consagrado en Broadway —dijo Young, risueño—. No he perdido las esperanzas, claro.

—Por supuesto —afirmó Hazel Scott—. Es aún muy joven, Young. Puede hacer lo que quiera.

—Espero que haga, al menos, lo que pueda —rió él—. Lo bueno es que mi familia me dejó algún dinero y unos negocios. Eso me permite cuidar de mi afición teatral.

—¿No probó nunca a ser actor? Tiene planta para galán cinematográfico...

—Cielos, no. Incluso he llegado a ser jugador de fútbol y de béisbol, pero nunca actor. No me atrae. No, prefiero dirigir a los demás. Es más interesante y trascendente, creo yo.

Dejó de hablar, para fijar sus ojos en la persona que entraba en el albergue ahora. Hazel miró en esa dirección. Pareció algo molesta.

—¿Le gustan las walkirias rubias? —comentó irónica.

—Bueno, ésa es un buen ejemplar casi wagneriana —aprobo Young, irónico, estudiando a Hilde Brenner, que entraba cargada de paquetes y de copos de nieve—. Pero parece muy seria y poco amiga de entablar amistad con nadie...

—Puede intentarlo ahora —habló secamente Hazel poniéndose en pie con un suspiro—. Yo voy a cambiarme de ropa para cenar...

—El eterno ritual británico, ¿eh?

—No he venido aquí a practicar deporte, sino a exhibir modelos. El hecho de que esté cesante no me impide olvidar mis costumbres. Hasta después, Young.

Él se puso en pie, inclinándose cortés. Sabía que Hazel estaba molesta por su interés hacia Hilde Brenner, pero no podía evitarlo. Le interesaba la rubia nórdica, y no precisamente por cuestión

afectiva. Pero era una mujer difícil de abordar.

Cuando inició el ascenso al piso alto, tuvo Glenn su ocasión de oro. A Hilde se le cayeron dos paquetes al suelo. Rápido, se inclinó. Los tomó, reteniéndolos. La Brenner le miró fríamente, pero con el interés que Glenn despertaba siempre en toda mujer.

—Va demasiado cargada —dijo él—. Puedo ayudarla, si lo desea.

—Es muy amable. No, gracias. Puedo llevarlo todo.

—Como quiera —se encogió él de hombros, dándole los dos envoltorios de compras.

Ella los perdió de nuevo. Glenn, hábilmente, se los había dado de modo que pudiera caer otra vez, como así ocurrió. Se inclinó y los recuperó. Hilde se mordió el labio inferior.

—Me temo que no es tan fácil, señorita —dijo Glenn—. Aún puedo ayudarla. Voy arriba yo también.

—Conforme. Usted gana.

Subieron lentamente. Una vez arriba, ella tomó la llave de su habitación del bolso. Miró a Young.

—Ahora ya no necesito su ayuda —dijo—. Gracias por todo, señor.

—Mi nombre es Glenn Young. Fue un placer, palabra. Aún puedo ayudarla a...

—¿Entrarlos en mi alcoba? No, gracias —cortó, seca. Le miró, glacial—. ¿Es su método de buscar romance con las chicas, señor Young?

—Bueno, a veces —confesó Glenn con cinismo.

—Me gusta su desfachatez. Conmigo pierde el tiempo. No es tan fácil como todo eso. Deme mis paquetes —le miró desde el umbral. Inesperadamente, tuvo una extraña mueca en sus labios carnosos. Y añadió, inesperada—. Entre. Pero sin trucos.

Glenn entró. Hilde Brenner cerró la puerta. En ese momento, Hazel Scott salía de su habitación con algún motivo. Vio la escena. Regresó, dando un portazo. Hilde rió, al girar el pestillo. Dejó caer todos sus bultos en un sofá. Miró extrañamente a Young.

—La inglesita está celosa —dijo secamente—. ¿Le preocupa?

—No. Nadie me preocupa hasta ese punto.

—Lo imaginaba —avanzó hacia él. Se movía felina, insinuante. Sus formas rotundas, eran un desafío sensual, agresivo y virulento.

Entornó los claros ojos—. ¿Se pregunta por qué le he pedido que entre?

—No. No me lo pregunto —rechazó Glenn—. La respuesta es tan vieja como el mundo, señorita...

—Llámame Hilde, muchacho —susurró ella.

E impetuosa, inesperadamente, se lanzó en sus brazos, envolviéndole en un cerco de seda firme, cuando su fuerte y vigoroso cuerpo nórdico buscó el contacto prieto, apasionado. Su mano había hecho girar el interruptor de la luz. Estaban ambos en la oscuridad.

Y Hilde Brenner, ciertamente, no parecía dispuesta a perder el tiempo con su visita masculina.

—¿Sorprendido?

—Un poco. Eres una mujer terrible... Y terriblemente seductora, también.

—Lo sé. Una mujer como yo, necesita a veces conocer a un hombre como tú, Glenn. Es como el vértigo del abismo. Me atraes.

—Supongo que no sólo existo yo en tu vida, Hilde.

—Deja mi vida. Y deja a los otros hombres. Hay más, claro está. Pero es otra cosa. Intereses, egoísmo, dinero y cosas así. No vale la pena hablar de ello. Son otra clase de tipos. No como tú. En el fondo, los desprecio. Pero los necesito. A ti... sólo te necesito. Aunque luego te pida que te vayas... y no desee verte más.

—Es una especie de pacto breve. Una mutua atracción, ¿no?

—Algo así —le miró con repentina frialdad. Apagó su cigarrillo. Se incorporó—. Vete, Glenn. Ya es tarde. Estarán cenando todos. Esto se acabó.

—¿Tan pronto?

—Tú lo dijiste. Es un pacto breve pero intenso. Quizá no sea el último. Pero debes irte. Me gusta ser obedecida, incluso por un hombre como tú. Eso me hará confiar en ti otras veces. Si insistes... será el fin.

—Muy bien —suspiró Glenn, camino de la salida. Sonrió irónico—. Hasta luego, Hilde.

—Hasta siempre, Glenn —respondió la walkiria rubia y exuberante, en un murmullo ronco.

Luego, él salió de su habitación en el albergue. Hilde Brenner se quedó sola, envuelta en su bata escarlata, de fibra artificial, ceñida

a sus rotundas formas.

—Glenn Young... —musitó—. El amiguito de Sharon... Me interesa tenerle de mi parte, cuando las cosas lleguen a su clímax... Vaya si me interesa. Además, él sí es todo un hombre, y no ese imbécil inseguro que es Franz. Si no fuese por el dinero de su esposa...

Aplastó su cigarrillo con rabia, en el cenicero de porcelana. Luego, tiró su bata roja al suelo. La turgente escultura viva que era su cuerpo, caminó despacio hacia el ropero.

Era raro.

Glenn miró el reloj de pared, no lejos de aquel inquietante murciélago cuyas alas iluminaban de rojo los destellos del hogar, en el comedor del albergue.

Las diez y veinte minutos. La mesa de Hazel seguía desierta. Vio pasar a Muller, el rollizo dueño del local, mientras Claudel gesticulaba y gritaba femenilmente, rodeado de su inevitable corte de bellezas, con indumentaria invernal de alta costura.

Le llamó. Otmar Muller se inclinó sobre él.

—¿La señorita Scott? —habló, al escuchar la pregunta. Sacudió la cabeza—. No, nadie le ha subido la cena a su habitación. Tal vez se acostó sin cenar. Ya vamos a cerrar el servicio de cenas. Termina realmente a las diez...

—En ese caso, subiré a ver si le sucede algo —dijo Glenn, incorporándose—. Acaso tenga jaqueca y necesite algún medicamento...

Muller demostró su escepticismo en ese sentido con un gesto malicioso, pero no dijo nada, y le dejó subir las escaleras, sin un solo comentario al respecto. Hilde Brenner ya no estaba en el comedor. Había ido poco antes a ver la televisión, cuyos programas habían logrado normalizar, cuando menos por las cadenas de la RAI. No sabía si seguía allí o no.

Glenn llegó al piso alto. Llamó repetidamente en la habitación de Hazel Scott. La modelo inglesa no respondió. El joven americano se quedó indeciso. Una puerta se abrió al fondo. Asomó alguien: una joven de color. La recordó. La mestiza del grupo de modelos de Claudel. Ella le contempló con sus ojos redondos y oscuros.

—No está —dijo—. Ha salido.

—¿Salido? —Se inquietó Glenn—. ¿A la calle?

—Al exterior, sí. La vi bajar antes. Oí la puerta lateral...

—De noche, y al exterior... —Young sacudió la cabeza—. Esa muchacha está loca... Gracias por el informe, señorita.

Y corrió escaleras abajo, en busca de la salida lateral del albergue. Poco después, también Young salía a la noche, a la nieve, al frío aire y a los copos helados, en el solitario Klospitz, aterrorizado por la presencia de un siniestro asesino de mujeres...

Hazel Scott miró en torno suyo, arrebujándose mejor dentro del anorak amarillo, forrado de pieles. Sus pies calzaban botas para nieve, y pisaban con firmeza el blanco y crujiente suelo de la plazoleta solitaria, iluminada de modo fantasmal en la noche gélida.

Los copos eran escasos, pero densos. El aire frío no era molesto, salvo en la cortante forma de herir la piel. Había soledad y paz en derredor. Quizá incluso demasiada...

Los edificios de Klospitz aparecían silenciosos. Cerradas sus tiendas, sus comercios y talleres. Atrancadas puertas y ventanas, en principio por el frío, y luego por la presencia ominosa de alguien que ensangrentaba la región. Suiza era tierra confiada y segura, que no necesitaba de asegurar los accesos a los domicilios.

Pero allí, ahora, todo eso era distinto...

Hazel se estremeció al darse cuenta de lo sola que estaba. Pero había necesitado aquella expansión. El encierro en el albergue, oyendo gritar al insoportable *monsieur* Claudel, respirando humo, olor a madera resinosa quemada o a cerveza de fuerte graduación, le era molesto, irritante. Sus nervios necesitaban un cambio, un respiro como aquél.

El reloj de la torre dio ahora dos campanadas repetidas y musicales. Las diez y media. No demasiado tarde. Se detuvo junto a la amplia fuente cuadrangular de la plaza, con sus caños secos, por el grado de congelación del agua. Festones bellísimos, como cristales blancos, adornaban los querubines de piedra y los caños de metal dorado. Se apoyó en el reborde de piedra y dejó vagar la mirada en torno, por aquel bello paisaje alpino.

Luego echó a andar hacia la calle empinada, de regreso al albergue por otro punto más bello, salpicado de castaños que la nieve blanqueaba en copas y troncos. Las propias ramas de los árboles dejaban en tenue penumbra algunas zonas de las aceras. Al final de la calle, bastaba girar a la derecha y estaría de nuevo en el

albergue, pensó Hazel.

La joven modelo inglesa, de cabellos suavemente rojos, que escapaban a mechones de la caperuza de su anorak amarillo, caminó decidida, casi saltando sobre la nieve. Ya sentía sus pulmones tonificados, su mente más despejada, su piel fría y rejuvenecida por el azote gélido de la noche en las altas cumbres alpinas...

Se aferró a un tronco de castaño, para no resbalar, en su ascenso por la empinada cuesta callejera. Y entonces, al detenerse, lo oyó.

Un crujido. Otro. Y otro más...

Leves, tenues, sobrecogedores en su proximidad y cautela. Alguien, además de ella, se movía en la nieve, en la ciudad dormida y blanca...

El terror asaltó su pecho. Sintió el fuerte palpar de su corazón, Giró la cabeza, dominando ese terror, dispuesta a enfrentarse con lo que fuese...

No vio nada. Ni a nadie. Los pasos, los crujidos, se habían detenido. Sombras difusas parecían inmóviles, fijas en los porches y aceras pintorescas del pueblecito suizo. Cualquiera de aquellas sombras, en la acera, podía ser algo diferente a lo que parecía.

Respiró hondo. Tragó saliva, e inició la marcha de nuevo, recelosa. Avanzó más y más deprisa. No hubo ruido alguno a su espalda. Luego, de repente, echó a correr...

¡Los pasos, tras ella, crujiendo secos en la nieve, también corrían ahora!

Giró la cabeza, aterrada. El frío de la noche fue ardiente al lado del hielo que congeló la sangre en sus venas.

Recordó el comentario que iba de boca en boca. Un horror sin límites la asaltó...

¡El murciélago de alas rojas!

Era como empezaban a llamar al Silbador... Ágil, oscura, negra silueta de flotantes alas, acaso una capa o un capote, un manto o cosa parecida, flotando en torno a una figura elástica y diabólica...

¡Estaba corriendo tras ella!, con algo centelleante, ¡acerado en su mano!

Un sibilante sonido invadió la calle desierta y blanca... Un silbido... *Peer Gynt*, de Grieg...

Gritó Hazel. Gritó cuanto pudo, y notó que su boca seca, sus

labios convulsos, sólo emitían un ronco jadeo inaudible... Trompico, al querer correr. Se fue contra un árbol, luego al suelo... Tras ella, el silbido parecía triunfal, monstruosamente triunfal.

Se puso en pie, siguió a la carrera, en busca del final de la calle. Miró atrás de nuevo, con tremenda valentía, sin dejar de correr, patinando sobre la fría nieve endurecida.

Algo, debajo de aquella capa, le daba a la cabeza del monstruo el aspecto de una forma con dos orejas puntiagudas, como un murciélago... Era... sí, era una caperuza negra, quizá de un anorak también... Y gafas. Gafas de plástico abultado, de color amarillo intenso. Gafas para la nieve, enmascarando un rostro inidentificable...

El terror agarrotaba sus músculos, sus piernas y brazos. Pero aun así, llegó a la esquina final, entre varios castaños que formaban curva. Rodeó la esquina, en busca del albergue, cuyas luces destacaron allá, en lo alto de la última pendiente, en la calle vecina...

Chilló al caer, perdido el equilibrio. Esta vez, al querer incorporarse, le fue imposible. Volvió a gritar, angustiada.

—Mi tobillo... —jadeó—. ¡Mi tobillo...!

Una torcedura dolorosa. No respondía aquella pierna. Cayó contra el castaño, encogida, aterrorizada. La sombra humana se recortó sobre ella, unas manos parecieron brotar de la propia noche y aferrarla. Histérica, desesperada, gimió Hazel Scott, elevando sus ojos desorbitados hacia su siniestro captor:

—No, Dios mío... no...

Entonces descubrió el rostro inclinado sobre ella. El aliento del hombre, flotando como vapor en la fría atmósfera.

Reconoció las duras, firmes facciones viriles de Glenn Young.

Y se desvaneció.

Young la contempló alarmado. La tomó en sus brazos, alzándola. Miró en torno, inquieto. No vio a nadie. No escuchó sonido alguno. Con ella en brazos, caminó hacia el albergue.

Allá atrás, en una zona de sombra, detrás de un grueso castaño, un silbido había dejado de emitirse. Unos ojos ardientes, crueles y malignos, contemplaban con ira y decepción la presencia del alto y atlético americano, llevando consigo a la joven inglesa.

Una mano enguantada se cerró, malévola, crispada, sobre una

larga hoja doble de acero, punzante y mortífera...

Otra vez unas grandes tijeras afiladas. Un arma que en esta ocasión no llegó a su destino.

## CAPÍTULO VI

—¿Está segura, Hazel?

—Cielos, y bien segura. Le vi. Tan claramente como luego le vi a usted.

—Si lo hubiera sabido... —jadeó Young, dando un golpe en la mesilla. Miró a la joven, tendida en su lecho—. Cuando la vi caer, no escuché pasos ni silbido alguno. Venía de la dirección opuesta, la reconocí, capté su grito asustado y temí lo peor. Luego creí que todo era producto del miedo, y al desvanecerse usted, me lo confirmó...

—No, no era sólo el miedo... Vi a ese hombre, o lo que sea...

—¿De modo que también afirma usted que recuerda a... a un gigantesco murciélago?

—Sin duda. Es el anorak que lleva. Oscuro, quizá negro. Y algo, una capa o capote, de igual color... Y gafas oscuras, para nieve... Llevaba un arma no sé cuál. Brillaba al recibir los reflejos de luz en la nieve. ¡Dios mío, fue terrible! —Y se cubrió el rostro, demudada.

—Bueno, ya pasó —suspiró Young, incorporándose y comprobando lo ajustado de puertas y ventanas—. Ese monstruo no podrá llegar ya hasta usted, Hazel. Y eso le servirá para no andar sola cuando oscurece. Es muy peligroso, muchacha. Sobre todo, para una mujer bonita...

—No sé... no sé cómo agradecerle —le miró, inquieta, pero llena de simpatía hacia él—. Fui una tonta, lo reconozco. Esa locura... Y todo porque me sentí molesta al verle a usted con una mujer, como esa rubia, Hilde Brenner...

—Es una chiquilla —rió Young. Palmeó afectuosamente su muslo—. Si hubiera sabido que sentía celos, jamás hubiera visitado a esa dama. Le aseguro que me guiaban otros motivos diferentes a los que imagina.

—No me dé explicaciones. No me corresponde. No tengo por qué preguntarle nada.

—Pero yo prefiero dárselas, Hazel. Esa mujer me preocupa. Creo que tiene relaciones secretas con cierta persona, y quería comprobarlo. Deseo ayudar a una compatriota, eso es todo.

—¿La señora Werner, la americana que usted trajo hasta Klospitz en coche?

—Sí, ella misma: Sharon Werner, esposa de Franz Werner. Hay algo raro en torno a ella. He meditado sobre el accidente de Saint Moritz y ciertos otros detalles... En fin, no debe pensar que me guste una chica como esa rubia exuberante.

—Pero se quedó en su habitación.

—A veces, uno debe de seguir el juego a los demás, si quiere llegar a alguna parte —sonrió Young, pensativo.

La miró. Estaba acariciando sus cabellos cobrizos, los ojos de la inglesita se fijaban en él tiernamente.

No supo cómo ocurría. Pero su nombre, en labios de la muchacha, sonó dulce:

—Glenn...

—Hazel... —respondió él.

Y luego, sus bocas se unieron casi inesperadamente.

Un alarido horrible, en el exterior, separó sus labios de modo brutal.

Todo era conmoción en el albergue.

Glenn Young y el guarda local, Strauss, hicieron su entrada dramática, con el cuerpo envuelto en una manta a cuadros de vivos colores. Todo el colorido de la prenda se fundía en un siniestro tono oscuro, húmedo y robinoso.

—Es terrible —silabeó Young—. Será mejor que las damas no miren...

—No tema, Young —replicó secamente Hilde Brenner, avanzando—. Soy lo bastante valiente para estas cosas...

Muller, el dueño del negocio, estaba pálido y sudoroso. Se tragó una jarra de cerveza con *brandy* suizo dentro, y avanzó resoplando, detrás de Hilde. Köhner, el conserje, miró con timidez, y estuvo a punto de vomitar.

El cuerpo de la mujer, extendido en el pavimento de madera del albergue, era un espectáculo poco adecuado para los impresionables. Entre los pliegues de la oscura manta, su cuerpo blanco, semidesnudo, era una especie de muñeco de carne,

desgarrado salvajemente por los trazos sangrientos que hendían con virulencia sus formas.

—Otra vez unas tijeras... —jadeó Claudel, el modista, tembloroso, retirándose atrás, y cubriendo su boca y nariz con un pañuelo perfumado—. Es atroz, señores...

Tenía razón el modista. La empuñadura de unas grandes tijeras de corte, asomaba rígida de su torso, donde el asesino, tras los golpes de muerte, había dejado hincada su arma.

—Mire —dijo alguien—. Lo hizo tan brutalmente, que partió uno de los dos mangos de la tijera. Falta el trozo con su ojal para empuñarla. Está quebrada la herramienta.

—Sí, ya lo vimos —afirmó secamente Strauss—. No hallamos el trozo restante por parte alguna. Esa infeliz estaba al final de la calle, junto a un pasaje. La puerta estaba abierta. Bajó a abrir medio vestida. Sin duda reconoció a quién llamaba... y no supo que era la misma muerte...

—Yo conozco a esa mujer —dijo bruscamente Otmar Muller, el rollizo dueño del albergue, con sorpresa—. Vaya si la conozco...

—¿Quién es? —se interesó Strauss—. Los golpes de tijera han sido tan terribles en el rostro, que me cuesta trabajo identificarla...

—Compraba la cerveza en mi cantina —explicó Muller—. Fue sirvienta de los Werner algún tiempo, estoy seguro...

Glenn Young no dijo nada. Pero, disimuladamente sus ojos se fijaron en Hilde Brenner, a través del reflejo en un espejo del salón. Observó el sobresalto de ella. Y también, con sorpresa, el brillo malévolo, complacido, de aquellos ojos claros y fríos, que también sabían centellear con el fuego de la pasión.

—Informaré de esto por radio a Saint Moritz —masculó Strauss—. Hace falta que hagan algo, y urgente. Los teléfonos no funcionan, de modo que usaré la radio de aficionados de Luther Klein. Y que el diablo se lleve a todos, si no envían aquí un helicóptero con policías, o lo que sea. Este asunto escapa ya a todas nuestras posibilidades.

—¿Helicópteros? —dudó el conserje, frotándose su recio cuello teutón con aire dubitativo—. Lo dudo, Strauss... Debe haber una visibilidad totalmente nula.

Strauss, furioso, no parecía escucharle. Como todos, estaba contemplando el cuerpo tendido en la manta. Glenn miró a la

escalera al oír crujir los peldaños. Avanzó hacia allá.

—No, Hazel, no bajes —pidió—. Después de todo, tu perseguidor encontró luego otra víctima más propicia... No es un espectáculo agradable de ver.

—¿Qué... qué arma utilizó esta vez? —Fue la trémula pregunta de la inglesa.

—Otra vez la suya favorita: unas grandes tijeras... rotas además.

Tijeras rotas... Le faltaba una de las dos empuñaduras.

Lo había dicho la radio. Lo comentaba todo el mundo. Anna Kolvec, la asistenta... Una mujer de treinta y siete años. Joven aún. Rolliza, afable y sanota. Gustaba bromear con los hombres. Solterona y nada puritana.

—Anna... —gimió Sharon Werner, frotándose las sienes, con dedos febriles—. Dios mío, pobre mujer... ¿Por qué ella? ¿Por qué...?

Miró en torno, con expresión recelosa. Estaba sola otra vez. Sola...

La enfermera Metz parecía una estúpida. Y quizá lo era. Se ausentaba con frecuencia. Le gustaba beber. Dormía luego tan pesadamente... incluso roncaba. Y Franz...

Tembló. ¿Qué le importaba a ella Franz? Pronto ya no sería su esposo. Si es que lo lograba. El muy rufián... Vividor, perezoso, mujeriego... Sólo contaba su dinero. Los dólares de la joven y rica americana sin familia. Se asustó. Saint Moritz, el lago, el joven Karl, su amigo, que tanto le atraía... Ahora, todo eso estaba perdido. Y quizá su cara, su belleza...

Se tocó las vendas con dedos temblorosos. No, eso no. Cuando menos, su belleza. Habría otros hombres. Hombres como aquel joven compatriota suyo, Glenn Young. Cordiales, fuertes, atractivos...

Sharon se incorporó. La radio emitía música otra vez. Pero el boletín de siniestras noticias, flotaba aún en su mente.

Anna Kolvec... Su sirvienta de tiempo atrás... Unas tijeras rotas... Sangre, muerte, horror... Otra vez el manto sucio de sangre, gafas para nieve... Un desconocido asesino al que Anna debía conocer, en quien confió.

Rebuscó más a fondo. Era inútil. No había nada. No. Ni siquiera las botas de patinar, la hoja de acero de un solo patín, las gafas para

nieve, el anorak negro. Nada. ¿Dónde lo había dejado? ¿Quién se lo quitó de allí, donde ella lo dejara?

Nerviosa, paseó por la estancia. Quiso fumar, pero la tensión de sus labios, bajo los vendajes parciales, lo impedían. Sharon Werner aplastó el cigarrillo con ira. Abrió el balcón. Asomó al ventanal nevado.

El pueblo parecía tranquilo, lleno de colorido. Esquiadores hacia las pendientes nevadas, con sus esquís. Ya no nevaba. Los boletines empezaban a ser optimistas. Antes de treinta y seis horas, habría comunicaciones. En veinticuatro horas, si cesaban las nieblas en las cumbres, llegarían helicópteros con policías, personal sanitario, periodistas...

Las tiendas abiertas, gente de brillantes prendas informales, saliendo y entrando. Parecía imposible que pocas horas antes, en plena noche, una mujer hubiera sido muerta...

Sharon se mordió el labio inferior.

—Tengo que encontrarlo —susurró—. Las tijeras... Seguro que tengo yo el trozo roto. Y las demás cosas. Tengo sueño, a pesar de mis sedantes. Me siento cansada... No duermo. Y creo dormir... Dios mío, ¿seré realmente yo?... Sería espantosa... Pero nadie debe saber aún...

Regresó adentro. Fue al cuarto de baño. Abrió su armario. No había nada. Rebuscó en las ropas sucias del recipiente. Nada; toallas y paños solamente.

Se quedó mirando todo, con estupor, con indecisión, Su mirada recorrió cuánto la rodeaba. No creía que pudiera ir muy lejos en la noche; su alcoba, el baño. Y nada más... Deslizó los ojos por encima de todo: el depósito de agua, el espejo, los armarios, la ventana...

¡La ventana!

Tuvo un escalofrío. Siempre estaba encajada. Ahora, aparecía levemente entreabierta. No sabía si para ventilación o porque...

No, no quería pensarlo siquiera...

Llegó a la ventana. Subió en un taburete, pese a la flojedad de sus piernas. Sus manos tantearon afuera. Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo. Palpó la fuerte cuerda tensa...

Tiró de ella con fuerza. Estuvo a punto de caer, pero lo evitó. Tiró, tiró... Por el boquete entró un envoltorio en plástico oscuro, que pendía de la cuerda, en el angosto patio interior de los servicios

del edificio... Donde nadie podía verlo.

Sharon contempló como hipnotizada aquel envoltorio... Lo empezó a desenvolver. Luego, de modo inesperado, lo soltó, desplegándolo.

Un grito ronco, ahogado, terrible, brotó de su garganta. Se desplomó junto a todo lo que el envoltorio reveló:

Un fragmento de empuñadura de tijera grande, tinto en sangre. Sangre también en el negro capote de lana en los guantes, incluso salpicaduras en las gafas plásticas, para la nieve...

Sangre reciente, aún sin oscurecer por completo. Sangre humana, sin duda.

—Tiene que resultar —jadeó Hilde—. ¿Dejaste todo como te indiqué, Franz?

—Sí, todo. Incluso el trozo de empuñadura de tijeras. Es horrible, Hilde...

—Es ingenioso. Y práctico —rió ella entre dientes—. Sharon enloquecerá poco a poco. Ya debe creer que es ella el asesino, estoy segura.

—La he notado nerviosa, pálida, como angustiada. Pero eso no bastará para denunciarla ante la ley...

—Ya te dije que habrá que dar el golpe definitivo. Y cuanto antes.

—No veo cómo. Ha de ser algo que la delate de modo decisivo ante Strauss y los demás.

—Hemos de apresurarnos. Cuando esto se llene, será tarde. Disponemos sólo de esta noche, Franz.

—¿Tan... pronto? —Tragó saliva él, muy pálido.

Hilde miró en torno, irritada, mientras fingía preparar sus esquís y bastones, en aquella blanca ladera, lo mismo que docenas y docenas de forasteros que habían salido, al cesar el temporal, aprovechando la nieve acumulada en las laderas de *slalom*. Franz, no lejos de ella, se limitaba a contemplar con binoculares a los deportistas, junto a un puesto de servicio deportivo. La charla era rápida, disimulada, en voz susurrante.

—No podemos esperar. Esta noche, Franz —insistió Hilde, bajando sobre el rostro sus gafas de plástico, color amarillo caramelo.

—Pero... ¿qué hemos de hacer, Hilde? —gimió Werner.

—Naturalmente, matar a una mujer... y culparla a ella.

—¡Matar! —Se estremeció el pintor horriblemente pálido—. Dios mío, Hilde...

—¿Qué te pasa ahora? —masculló ella entre dientes—. ¿Ya has olvidado que también mataste a aquel joven, Karl Dietrich, en el lago de Saint Moritz?

—Fue... distinto...

—Será el último crimen, querido. Y valdrá varios millones de dólares para ambos... Una mujer debe morir esta noche. Yo me ocuparé de todo, cobarde. Elegiré a la chica... y prepararemos el acto final.

—¿Qué... qué chica? —susurró Werner, temblorosas sus manos sobre el folleto turístico de Klospitz.

—No sé... Quizá esa tonta inglesa del parador que se salvó anoche tan milagrosamente —rió Hilde con malignidad—. Hazel Scott... Sí. Ese crimen puede incluso borrar todo rasgo de simpatía en el americano hacia su compatriota... Conviene que nadie ayude a Sharon cuando sea acusada...

Y sin añadir más, se lanzó ladera abajo, con los esquís, seguida por la mirada sombría y preocupada de Franz Werner, su amante. Éste se retiró lentamente del puesto de deportes, regresando despacio a la población.

Desde un mirador de Klospitz, unos ojos agudos siguieron sus pasos, a través de prismáticos.

—Ya terminaron su charla —dijo Glenn Young con un suspiro, volviéndose despacio a la persona que permanecía junto a él en aquel mirador abierto a la ladera blanca.

—¿De modo que... ésa es la mujer que está tras de mi marido? —preguntó amargamente la voz de Sharon Werner.

—Sí —afirmó Glenn con lentitud. Se volvió. Oprimió la mano de Sharon cálidamente, y sonrió alentador—. Y también la mujer que está planeando todo ese diabólico complot contra usted, amiga mía... con la complicidad de su propio esposo.

Luego, siempre tomándola de la mano, regresó al interior de la casa, al cuarto de baño, donde todavía reposaban los objetos siniestros hallados en el patio interior por la joven americana.

—Young, haga algo, ayúdeme en todo esto... —gimió Sharon—. O terminaré volviéndome loca.

—Eso es lo que ellos quieren: que se vuelva loca y crea ser el monstruoso asesino de Klossitz —suspiró el joven con energía—. Finja seguir su juego, créame. No se delate a sí misma. No sé lo que intentarán, pero si quieren obtener resultados, deberán hacer algo antes de que el aislamiento termine... y todo se les ponga más difícil, Sharon. Hizo bien en llamarme cuando encontró todo esto. Es usted una mujer muy valerosa y decidida. En su caso, cualquier otra, hubiera llegado a obsesionarse, ocultando lo que sucedía a todos...

—No me deje sola... —gimió Sharon, aferrando su brazo—. No vuelva al parador ahora. Aunque esté allí esa chica, la modelo inglesa...

—No debe preocuparse por nada —sonrió Young, animoso—. Estaré siempre más cerca de usted de lo que imagina. Especialmente en cuanto llegue la noche. En cuanto a esa chica, Hazel Scott... no es nada serio, créame. Una buena amistad, quizá un breve romance...

Estaba apretando con calor la mano de Sharon. Impulsivamente, ella se echó sobre su pecho, elevó el rostro, como si los labios buscaran los suyos. Pero cuando Glenn Young y ella iban a entrar en contacto, la propia dama se apartó bruscamente, tapando sus labios con la punta de los dedos.

—No, no —musitó—. Posiblemente... cuando arranque estas vendas no será agradable ni siquiera besarme, Glenn...

—Tontería —rechazó él con una sonrisa—. Recuerde: un día de éstos podrá quitarse esos apósitos. Y estoy seguro de que será tan bonita como antes.

Y apretando sus manos con calor, se inclinó. Fue él quien besó la boca de Sharon.

Ella le miró, con ojos enternecidos, estremeciéndose al roce de sus bocas.

—Glenn... —susurró—. Sería todo tan diferente... contigo.

—A veces me pregunto si te ayudo por ser norteamericana, como yo... o por algo más —suspiró Young, dirigiéndose a la puerta.

—¿Y la respuesta?

—No quiero encontrarla. No aún, mientras seas la señora Werner —dijo, antes de salir.

Sharon se quedó mirando hacia la puerta. Unas lágrimas lentas cuajaron en sus bellos ojos y descendieron humedeciendo sus vendajes cruzados en el rostro...

## CAPÍTULO VII

—Una noche más... —suspiró el guarda Strauss, contemplando cómo oscurecía el cielo sobre Klospitz. Miró el teléfono, que ya funcionaba—. Espero que sea la última...

—Seguro —afirmó Muller, sorbiendo cerveza ruidosamente—. Mañana al amanecer, creo que el tren cremallera podrá empezar su recorrido. Y el teleférico funcionará. A primeras horas del día, anuncia el servicio meteorológico la dispersión parcial de las altas brumas. Podrán llegar helicópteros apenas amanezca. Esto es el fin de la pesadilla, amigo mío.

—Lo que hace falta es que las batidas, entonces, hagan salir de su madriguera a ese lobo sanguinario...

—¿El Silbador? —afirmó Muller, despacio—. También yo lo espero. ¡Compararlo con mi pobre murciélago disecado! Es humillante...

—No debe preocuparse por tan poco —rió el guarda local—. No por eso va a ser usted sospechoso, Muller.

—Hum, usted lo dijo: todos podemos ser el Silbador, ¿no, Strauss?

—He ido eliminando posibilidades —comentó el guarda—. Ya quedan menos.

—¿Seguro? —Le miró con sorpresa el dueño del albergue. Llamó —: ¡Eh, Köhner, una jarra para el amigo Strauss! La casa invita... ¿Dice que ha eliminado posibilidades?

—Eso dije, sí.

—¿Y... cuántos quedan?

—No muchos. El asesinato de Anna Kolvec, la asistente, abre ciertas posibilidades muy interesantes...

—¿Qué posibilidades, Strauss, amigo mío? —Curioseó Muller.

—Pues... que una persona conocida de ella, alguien de Klospitz, y no un forastero, fue quien llamó a su puerta. De otro modo, Anna

no se hubiera atrevido a abrir en plena noche, con el miedo que tienen todas las mujeres de la población.

—Eso parece tener lógica, sí —asintió Muller—. Pero volvemos a lo mismo: según eso, el culpable ha de ser... uno de nosotros.

—Eso es: usted, yo, Köhner... o cualquier otro del lugar.

—¿Incluso Franz Werner? —sugirió Muller.

—Incluso él, sí. A fin de cuentas, Anna sirvió en su casa. No dudaría de él...

—Ni de su esposa —sugirió de pronto el conserje, que había acudido con la jarra de cerveza.

Ambos le miraron con sobresalto. Asintieron lentamente, contemplándose entre sí.

—Cierto —aceptó Strauss, perplejo—. Ni de su esposa Sharon... Ella es fuerte, deportista...

—Pero está enferma —resopló Muller, con un ademán—. Y estuvo hospitalizada durante uno de los crímenes...

—Hablábamos en teoría, claro —rió Strauss, irónico—. Olvidemos eso, amigos. Pero recuerden todos algo: el asesino es alguien conocido. Alguien a quién vemos cada día...

—¿Incluso podría ser yo, Strauss? —preguntó una voz jovial, en la entrada del albergue.

El guarda se volvió, mirando al que entraba. Asintió, rotundo.

—Tú eres uno de mis sospechosos —afirmó—. Sí, Jean Paul Leduc. Tú, vigilante nocturno del teleférico... Cerca de tu estación se cometieron dos crímenes brutales... No te he descartado, ni mucho menos...

—Lo imaginaba —suspiró Leduc, el guarda nocturno del teleférico—. Pero nadie con tu facilidad para deambular por ahí sin despertar sospechas, Strauss. No estás fuera de esto, pese a tu cargo en Klosnitz.

—Es posible que no —admitió filosóficamente el guarda—. Después de todo... creo que todos nosotros sospechamos los unos de los otros...

—Y, mientras tanto, el auténtico asesino sigue en la impunidad —sentenció Muller, acremente, con una mirada huraña a su murciélago disecado.

—Ha sido una grata sorpresa, *herr* Werner. Aceptaré encantado cenar con ustedes esta noche.

—Ha sido deseo de mi esposa también —sonrió Franz algo nervioso—. Espero que pueda ser una grata velada La última noche de aislamiento, sin duda. ¿Se marchará usted mañana, señor Young?

—No puedo saberlo. Dependerá de que la policía me autorice o no a ausentarme.

—La policía... —Se estremeció Franz—. Oh, sí, ese horrible asunto... Creo que llegarán al amanecer agentes de la policía suiza, periodistas, forenses y expertos... Esto será un manicomio, amigo mío.

—En cierto modo, es ya un manicomio —le recordó secamente Young—. Hay un loco suelto por ahí. Un loco peligroso...

—Es verdad —Franz tragó saliva. Se encaminó a la salida del albergue—. Bien, le espero a las ocho y media, señor Young. No falte.

—No faltaré —prometió Glenn, consultando su reloj—. Dentro de hora y media, me tendrá usted en su casa. Mis respetos a la señora Werner.

Salió Franz Werner. Una mueca enigmática flotó en los labios de Young. La trampa empezaba a funcionar. Sus presentimientos eran ciertos. La última noche de aislamiento en Klosnitz. Iban a aprovecharla para tender a la infortunada Sharon la última celada. Se preguntó en qué consistiría, para que él tuviera su papel en todo ello.

—Si yo fuese Werner o Hilde Brenner... —reflexionó Glenn para sí—, ¿qué haría para probar la culpabilidad de Sharon, deshaciéndome de ella con ese truco, sin lugar a dudas?

Empezó a reflexionar sobre ello, mientras se preparaba para la inesperada invitación.

Cuando se le ocurrió una respuesta, no pudo evitar palidecer. Se miró en el espejo de su armario.

—Cielos, no... susurró. —¿Serán capaces de... de ir tan lejos?

Tenía seca la boca. Se vistió con rapidez. Seguía hablando consigo mismo en su alcoba:

—Claro que ya lo hicieron una vez, en Saint Moritz. No dudarán en intentarlo otra vez... ahora de modo diferente, sin duda. Quizá yo sea... el testigo que necesitan ellos. Quizá... Pero aun así... ¿quién? ¿A quién elegirán esos monstruos... para que parezca que

Sharon cometió su crimen póstumo, en el acto final de esta farsa?

Se le ocurrió un nombre, y no le gustó la idea. Precipitadamente salió de su habitación.

Fue a llamar a la de Hazel. No respondió nadie, pese a su insistencia. Fue luego a la de Hilde Brenner. Probó repetidamente, con igual resultado negativo.

A grandes zancadas, Glenn Young bajó al salón del albergue. Había menos gente esa noche. Sobre todo, deportistas de policromada indumentaria. Tampoco estaba Claudel, aunque sí sus modelos. Rápido, Glenn fue hasta recepción. El conserje alzó la cabeza, mirándole.

—¿Le ocurre algo, señor Young? —se interesó.

—Busco a dos mujeres —dijo Glenn, tajante.

—Vaya... —Köhner le guiñó un ojo, malicioso—. Ya me parecía que usted tiene éxito entre ellas... Ahí tiene a ese bonito ramillete de modelos. La mulatita no le quita ojo.

—Déjese de bromas ahora —cortó Young—. ¿La señorita Scott?

—Salió —dijo el conserje, mirando el llavero—. Tiene aquí su llave.

—¿Y... Hilde Brenner?

—También —afirmó Köhner—. Se fueron juntas.

—¡Juntas!... —Una sensación de angustia invadió a Glenn. Sintió frío sudor en su rostro, en sus manos—. ¿Por qué? No creí que se conocieran ambas...

—La señorita Brenner iba al *slalom* especial nocturno que van a celebrar los deportistas de la ladera sur. La han iluminado con antorchas. La noche es buena y el estado de la nieve ideal para este deporte. Parece que la señorita Brenner convenció a la señorita Scott para ir ambas juntas.

—Dios mío... —Respiró hondo Young. Miró su reloj. Eran ya las ocho menos cinco minutos—. Dios mío, haz que llegue a tiempo.

Salió rápidamente del albergue, dejando sorprendido al conserje. Tampoco vio a Muller por parte alguna. Parecía que todos habían tomado ánimos para salir de noche, pese a la amenaza latente. Quizá porque se corría aquel *slalom* juvenil, a la luz de las antorchas. Mucha gente de ambos sexos circulaba por las calles empinadas del pueblo alpino. Young se cruzó con ellas sin mirarlas siquiera.

—¿Dónde...? —se preguntó, tenso—. ¿Dónde tendrá lugar... el asesinato de Hazel?

Y la horripilante pregunta, por desgracia, no tenía inmediata y urgente respuesta...

Sharon respiró hondo. Miró su reloj.

—Las ocho y veinte minutos... —susurró—. ¿Qué será de Young?

Su marido la miró, frío y pálido, pensativo y dominando difícilmente su tensión interior. La residencia de los Werner parecía esperar la Navidad. Luces, adornos alpinos, un amable ambiente festivo, velas de colores en la mesa bien servida...

El tocadiscos emitía música suave ambiental. Sharon, vestida con un elegante traje rojo oscuro, con adornos negros, lucía con arrogancia. Sólo los finos pero tupidos vendajes de su frente, sienes, mejillas y nariz, mentón y cuello, daban un aire extraño e inquietante a su aspecto de mujer joven y seductora.

—No puede tardar —musitó Franz, tenso. Caminó, nervioso, hacia las vidrieras—. Mira, Sharon. No debemos preocuparnos esta noche. Hay luces, gente en la calle, bullicio... No puede suceder nada malo hoy...

—¿Por qué había de suceder, Franz querido? —replicó ella incisiva, mirándole—. No he dicho que tema nada.

—Perdón. Creí que dijiste... —susurró él, con voz sorda.

Y consultó su reloj de nuevo, como si fuese él quien estuviera impaciente por ver llegar a Glenn Young. Luego, recordó algo a su esposa:

—No olvides tu medicina. Es la hora.

—Cierto... —Ella pestañeó—. ¿Será preciso... también hoy, Franz?

—Hoy, más que nunca. Es un extraordinario que estés levantada, haciendo los honores a un invitado incluso. Toma tu calmante. La señorita Metz no está hoy para obligarte a ello. Pero debes tomarlo.

—Sí, claro —afirmó ella—. Voy enseguida...

Se inclinó sobre un mueble donde sonaba el disco. Tomó unas gotas de agua. Hizo un gesto de repugnancia. Luego, puso una gragea entre sus labios, pensativa.

—Ya está —dijo.

Y al detenerse el disco, buscó uno al azar, el primero de todos en

la hilera, y lo puso en el plato.

Comenzó a sonar la música. Sharon emitió un grito ronco. Se tapó los oídos con ambas manos.

—¡Oh, no, no! —chilló—. ¡Quita eso, Franz, por Dios! ¡Quítalo! ¿Quién puso ahí ese disco?

Era *Peer Gynt*, de Grieg. La parte final de la *suite: El Rey de las Montañas*.

Rápido, Franz fue al tocadiscos. Detuvo la melodía siniestra, temida por todos. Se quedó mirando a Sharon, con aire de reprobación.

—Querida, ¿qué te sucede? —masculló—. Estás nerviosa. Siempre estuvo ahí ese disco...

—No, no. Juraría que no —jadeó ella, trémula—. No me gusta... *Peer Gynt*. ¡Lo odio!

—Pues estaba ahí —afirmó él, tajante—. Domina tus nervios, Sharon. Y escúchalo sin complejos. No tiene sentido sufrir por eso.

—¡No! —chilló ella, despavorida—. ¡No lo pongas!... ¡No, Franz, no...!

—Vamos, vamos —rió él, volviendo a hacer girar el disco bajo la aguja reproductora—. Es *Peer Gynt*. Una hermosa pieza... aunque la silbe un asesino...

Y las notas que habían llegado a ser malditas para las gentes de Klosspitz, se extendieron por la sala. Sharon chilló de nuevo, ocultando el rostro. Franz, sonrió duramente, contemplándola despectivo. No hizo acción de detener el disco que giraba, giraba...

## CAPÍTULO VIII

Antorchas trazando un zigzag ladera abajo, sobre el blanco azulado de la nieve en la noche.

Esquiadores. Chasquido de nieve bajo los esquíes y los bastones. Zigzag de cuerpos jóvenes, de flexible cintura, descendiendo la ladera entre banderas de señalización. Gritos y aplausos. Algún «¡Oooh!» de desencanto cuando alguno daba volteretas en la nieve, perdido el equilibrio.

Un hermoso paisaje nocturno. Incluso desde aquel macizo de abetos, a una corta distancia.

Hazel encendió el cigarrillo. Contempló a través del humo a su compañera.

—¿De modo que no va a esquiar usted? —indagó.

—No, querida —rechazó Hilde Brenner suavemente, fumando también. Dejó un bastón de puntiagudo acero contra el abeto más próximo. Con el otro gesticuló, señalando a los deportistas—. Soy ágil también en ese deporte, pero no tengo ganas de practicarlo. Luego iré un rato, para que todos me vean...

—¿Por qué quiere que la vean? —se sorprendió Hazel, curiosa.

—Porque me será muy útil —rió Hilde—. Le llaman... coartada.

—¿Coartada? —sonrió Hazel—. ¿Para qué necesita una?

—Para que no me acusen de asesinato —replicó ella, muy seria.

—Extraña broma —se expresó Hazel, algo seca. Miró en torno—. ¿Y Young? Me dijo usted que él nos esperaba aquí, para cenar juntos en el albergue de montaña, al final del trazado del *slalom*, señorita Brenner...

—Oh, cierto. Glenn Young, el guapo y fuerte americano... —La miró, sarcástica—. ¿Le gusta él?

—Me gusta, sí —Hazel la estudió, algo hostil—. A usted parece que también...

—Me gustan los hombres como él, es cierto. Pero tengo también

sentido práctico. Me gustan otros que valen mucho menos... pero tienen más dinero. Resulta lógico en cierto modo, ¿no le parece?

—Sí, es posible —convino Hazel, molesta—. Lo que no me gusta es la conversación. Vamos ya a ver a Glenn. Aunque pudo venir él mismo a invitarme...

—Tenía cosas que hacer. Una visita a su compatriota, la señora Werner y todo eso... No debe culpar a Young. Es un joven muy solicitado... por las damas.

—¿Trata de ponerme celosa acaso?

—No, no, querida... Dios me libre de tal cosa —rió Hilde entre dientes, sarcástica—. Vamos ya. Bajaremos hacia la cabaña, pero por este sendero, que es más seguro... Usted delante, se lo ruego. Y perdone mis ironías. Creo que soy yo quien tiene celos de una chica como usted, Hazel.

—No se preocupe —la idea de bajar en busca de Young alivió a Hazel y la hizo más suave. Empezó la marcha—. También yo soy algo rara con otras mujeres...

Ambas iniciaron el camino. Los abetos las ocultaron a la vista de los deportistas del *slalom*. Y ellas dejaron de ver las antorchas, la ladera nevada y los esquiadores descendiendo, aunque lejanas, llegaban sus voces y risas.

Hazel bajaba con pie firme. Detrás de ella lo hacía, entre piedras y nieve endurecida, Hilde Brenner... La modelo volvía a pensar que era una extraña cita la de Young aquella noche...

Se volvió bruscamente, para hacer una pregunta.

—¿Le dijo Young por qué...? —Se detuvo horrorizada.

Hilde Brenner había alzado su bastón de esquiar. La punta de acero venía, vertiginosa y segura, hacia su nuca... Hazel gritó, se hizo a un lado...

La púa de acero, afilada minuciosamente para la ocasión, zumbó en el aire. Rozó su piel, ensangrentando la mejilla. Hazel, asustada, quiso retroceder, y la pendiente la hizo rodar, hasta un cercano abeto. Se incorporó, chillando. Hilde, con una obscena, dura imprecación, centelleantes de ira sus ojos, se precipitó de nuevo sobre ella, con aquel arma extraña, especialmente afilada para convertirla en una auténtica lanza asesina...

Eludió el primer impacto. La púa de acero se hincó en el tronco del abeto. Hazel trató de golpear a Hilde, de escabullirse. Hilde, la

rubia nórdica, era muy vigorosa. Casi como un hombre. La derribó de un manotazo brutal, y una rodilla pegó en su cara, aturdiéndola. Gimió de nuevo, con un ronco grito de dolor y angustia. Hilde, implacable, su faz crispada por una expresión de odio y ferocidad sin límites, alzó su bastón de esquiar. La punta de acero señaló a la garganta de Hazel que, aterrorizada, esperó el golpe, sin poder siquiera reaccionar...

El impacto descargó sobre el cráneo de la rubia y vigorosa Hilde.

Ella exhaló un grito ronco y se desplomó de bruces en la nieve. Hazel, todavía sumida en el helado estupor de su situación desesperada, descubrió la figura tras la abatida asesina...

—¡Glenn, Glenn! —sollozó—. ¡Eres tú...!

Young asintió, avanzando hasta ella. La tomó en sus brazos. Tiró la piedra con la que golpeara a la cruel mujer en la nuca. Apretó contra sí a la estremecida muchacha.

—Sí, soy yo —dijo con voz tensa—. He llegado muy a tiempo, por lo que veo... Pero vamos, Hazel. Puede ser tarde para otra cosa. Una persona está a punto de ser víctima de una terrible trampa mortífera...

Y llevando consigo a Hazel, corrió ladera arriba. Hilde Brenner no se movía, inconsciente en la nieve. Ni Glenn Young parecía disponer de tiempo para dedicárselo a la perversa cómplice de Franz Werner.

Sharon sollozaba ahogadamente en un rincón, cubriendo sus oídos, suplicando piedad de su esposo.

—Querida, lo lamento —suspiró Franz, apacible—. Debes estar más enferma de lo que imaginaba. Esa música te tortura hasta un extremo inconcebible... Está bien quitaré el disco si es eso lo que quieres...

Fue al tocadiscos. Llegó junto a él. Desconectó. El *Peer Gynt* cesó de sonar. Tomó el disco para guardarlo.

—¡No! —gritó Sharon.

Le arrancó la grabación de la mano. La quebró con sus dedos. Se cortó. Brotó sangre de la mano. Se contempló la sangre, los pedazos rotos del disco...

—Sharon, ve a la cama —ordenó secamente Franz—. Estás enferma. Muy enferma. Te disculparé ante Young, no te preocupes.

Vamos, acuéstate. No pude imaginar que sufrieras esas crisis...

Todo iba bien, pensó Werner. Incluso mejor de lo que esperó durante toda la noche. Sharon estaba vencida por sus temores, por la obsesión inculcada en ella, por aquel disco, por los sedantes preparados por Hilde...

Los ojos turbios de ella le miraron, angustiadamente.

—Sí, sí... —gimoteó—. Sí, Franz... Creo que debo acostarme... tratar de olvidar...

—Bien —suspiró él, procurando mostrarse duro con ella, para alterarla más—. Olvida. Y duerme. Estás mucho peor de lo que yo creí. Si hace falta haré venir a un médico, un especialista de los nervios. Mañana, en cuanto termine el aislamiento... Un neurólogo. Un psiquiatra, si quieres.

—No, no —musitó ella—. Un psiquiatra no... No lo hagas, por Dios, Franz...

Eran ojos apagados, trémulos, angustiados, los que asomaban entre vendajes. Se tambaleaba, sangraba su mano... Ella miraba todo eso estúpidamente.

—Sí, sí... —gimoteó—. Debo... debo ir a... a descansar... —repitió una vez más.

Y comenzó a reír entre dientes, histéricamente. Franz la contempló con gesto complacido. Cada vez iba todo mejor. Luego, Sharon incluso canturreó. Canturreó entre dientes. *Peer Gynt*... El disco odiado...

Franz estaba radiante. Todo resultaba como Hilde dijo. Sólo faltaba esa noche el cuerpo de mujer, el cadáver ensangrentado de Hazel Scott, la modelo, allí en la casa... Y Sharon, enloquecida, entraría en una crisis decisiva. Creería ciertamente que era la asesina...

El canturreo de Sharon, insensiblemente casi, se hizo un susurro, un silbido. Silbaba *Peer Gynt*. Era más, muchísimo más de lo que Franz Werner podía esperar de su diabólico plan, en tan breve espacio de tiempo.

Ella... ella incluso silbaba, como una confesión de culpabilidad...

Se acercó a ella, feliz, con un destello jubiloso y maligno en sus ojos.

—Vamos, cariño. Ve a dormir... —insistió.

Ella seguía silbando, como si estuviera realmente loca.

—Eh, Young, ¿adónde va usted tan deprisa?

Glenn se detuvo apenas un momento. Oprimía contra sí a Hazel, demudada. Su sobresalto inicial cedió.

Era Strauss, el guarda rural, quien le daba el alto en la calle empinada. Parecía impresionado por algo.

—Voy a casa de los Werner —dijo—. Hilde Brenner está en el bosque de abetos, junto a la pendiente del *slalom*. Hágala arrestar. Intentó asesinar a Hazel Scott.

—¿Asesinar? —boqueó Strauss—. ¿Eso es cierto, señorita?

—Sí, sí —musitó ella—. Con... con un bastón de esquiar afiladísimo... Fue horrible...

—Vaya, hay muchos asesinos en Klosnitz últimamente —se quejó Strauss—. Quizá demasiados, Young... Me ocuparé de esa mujer, desde luego. Pero ¿por qué lo haría?

—Habla usted de demasiados asesinos —le replicó Glenn—. ¿Por qué supone que Hilde Brenner no sea el Silbador?

—Oh, no puede serlo —rechazó Strauss, enfático.

—¿Por qué no? ¿Sabe usted algo?

—Lo sé todo, Young —fue la asombrosa respuesta.

—¿Todo? —Glenn le miró atónito. Seguía caminando con Hazel, a zancadas rápidas, pendiente arriba, hacia la residencia de los Werner—. ¿A qué llama usted todo, Strauss?

—Un descubrimiento. Acabo de hacerlo, Young. Algo increíble.

—¿De qué se trata?

—Fue en casa de esa mujer, Anna Kolvec... ¿Sabía una cosa? Anna Kolvec era noruega.

—¿Y qué diablo significa eso?

—Adoraba todo lo noruego. A sus músicos incluidos. Grieg a la cabeza, desde luego.

—¿Eso tiene sentido?

—Tiene mucho sentido, Young. Les voy a dar una lección inolvidable a esos engreídos policías de la ciudad. Yo, Strauss, un simple guarda municipal, descubrí el misterio del Silbador...

—¿Adónde va a parar?

—A esto, Young: en casa de Anna Kolvec, registrando, hallé un diario.

—¿Un... diario?

—Algo espantoso y patético a la vez, amigo mío. Las confesiones de un monstruo. De un ser enloquecido...

—¿A qué se refiere? —Casi gritó Young, excitado.

—Anna Kolvec, la asistente... Ella era el Silbador, Young.

—¿Ella? ¡Imposible!

—No, no. Lo confesó de su propio puño y letra. Era fuerte como un hombre, ruda, casi viril. Tenía una especial debilidad por una anterior patrona suya: Sharon Werner, su compatriota, Young. La quería más que a una hija. ¿Sabe algo, Young? Parece que su amiga Sharon... descubrió hace tiempo que Anna se drogaba, que era una mezcla de alcohólica, psicópata y adicta... Fue de buena familia, allá en Noruega. Eso la destrozó. Se embriagaba oyendo a Grieg, se drogaba, se convertía en una fiera... Sharon la encubrió en algunos fallos graves, y ella se despidió, avergonzada. Pero siempre guardó gran cariño a la señora. Me temo... que Sharon Werner incluso sospechaba que Anna Kolvec, su asistente... era el Silbador. Deberé interrogarla sobre eso, Young.

—¿Ella mató a todas las mujeres? —se asombró Young.

—Sí. Una a una. Lo confiesa allí. Un raro complejo de celos, de envidia a la belleza femenina, que en ella era ruda, varonil... Eso, las drogas, su mente enferma, sus histerismos... Confiesa todos los crímenes, hasta el de Rossana Volti, la modelo italiana de Claudel...

—¿Y Kristina Rökk, la bailarina y cantante de la cantina? —le recordó Glenn.

—Bueno, de ella no cita nada. Acaso lo olvidó...

—¿Y... ella misma? ¿Quién mató a Anna Kolvec, si ella era el Silbador? —Fue la súbita pregunta de Young.

—Cielos... —Le miró aturdido Strauss. Se rascó estúpidamente la nuca—. Eso sí que no lo entiendo... No se me ocurrió en la excitación... Claro, un suicidio no pudo... ser...

—No, no pudo ser... —negó Young, roncamente—. Por tanto... hubo otro segundo asesino que terminó con Anna Kolvec...

—Cielos —Strauss boqueó, aturdido—. ¿Pero... quién?

Los ojos de Glenn Young se dilataban con horror.

Su voz sonó tensa:

—Me temo... ¡me temo que ya sé quién es...! ¡Pronto, antes de que sea demasiado tarde, Strauss! ¡Vamos a la residencia de los Werner...!

## CAPÍTULO IX

Sí. Era demasiado tarde.

El último golpe de bastón de esquiar, afiladísimo de punta, hasta parecer una púa taladrante de acero, caía sobre la cabeza ensangrentada, informe.

El salón era un auténtico caos de sangre. Lo salpicaba todo, absolutamente todo: paredes, muebles, manteles, vajillas, adornos alpinos...

Y en medio de aquel horror, un silbido estremecedor: *Peer Gynt*, de Grieg...

Y unos ojos enloquecidos, unas vendas rotas, unas manos crispadas, tintas en escarlata, sujetando el bastón de esquiar...

Strauss tomó su pistola para dispararla. Glenn Young le detuvo con enérgico gesto. Hazel, demudada, giró la cabeza con estupor y angustia ante la escena escalofriante.

—No, Strauss —musitó Glenn—. Espere...

Avanzó hacia el centro de la sala. Unos ojos patéticos le miraron, enloquecidos. Hubo algo en ellos, repentino y suave. Casi dulce.

—Glenn... Glenn, viniste... a cenar —musitó Sharon Werner.

—Sí —Glenn contempló el bastón homicida en su mano. Ella, al notar su mirada, tiró la pieza de sangrante acero—. He venido, Sharon... ¿Qué sucedió? ¿Por qué hiciste eso?

—Tenía... tenía que hacerlo... —Se llevó a las sienes sus dedos crispados, enrojecidos—. Ellos... ellos eran malos, Glenn. Querían destruirme... Destruyeron mi rostro, mi belleza... Pobre Anna Kolvec... Ella ya estaba cansada. Enferma. Muy enferma...

—Ella te enseñó a drogarte, ¿no es cierto, Sharon? —musitó Young.

—¿Drogarme? —Le miró, aturdida—. Sí, sí. Drogas. Mi cabeza... Anna era buena chica... Me comprendía. Me ayudaba. Por ella supe

que Franz... era un canalla, un cobarde embustero... Anna... no quería matar. Estaba enferma. La he curado, Glenn. Ella merecía... descansar... de una vez por todas...

—Claro. ¿Y Kristina? ¿Y Hazel, perseguida por ti anoche...?

—Yo, yo... Yo tenía que hacer igual que Anna... Es bueno destruir lo hermoso, cuando una deja de ser hermosa... Me gustaba oír cantar a Anna... Esa música... La recordaba... Pero Franz quería enloquecerme... Me miraba como si yo fuese... una demente... Yo sé que él mató a Karl, que él quería matarme a mí... Y le maté... ¡Le maté, Glenn! Como mataré a todas las mujeres hermosas que puedan competir conmigo, ahora que soy fea, deforme...

Young la miró, patético. Meneó la cabeza, negativo.

—No, Sharon. No eres fea. Ni deforme. Ese espejo... Mírate, Sharon. Mírate...

Ella vaciló. Meneó la cabeza, negativamente. Trémula, al ver asentir Glenn, se movió hacia el espejo. Se miró en él...

Exhaló un alarido de asombro, de incredulidad.

Tocó su rostro terso, sin una sola cicatriz, hermoso y suave como siempre... Horrorizada, se volvió a todos ellos. Sus manos tintas en sangre parecían absurdamente rojas, como embadurnadas en pintura.

—No, no... —sollozó—. Anna decía siempre... que sólo las mujeres feas, las que no tienen atractivo ni encanto... odian a las mujeres hermosas... hasta desear destruirlas... Pero yo... ¡yo sigo siendo hermosa, Glenn!

—Claro que lo eres. Lo fuiste siempre, Sharon. No debiste. No debiste matar a Kristina Rökk ni a Anna Kolvec... ni a Franz, tu esposo... No debiste hacerlo, Sharon...

Ella, repentinamente, estalló en sollozos. Cayó de rodillas, sin fijarse siquiera que lo hacía sobre un charco escarlata. Se quedó allí, agitada por el llanto, sin mirar a nadie. Strauss, en silencio, fue hacia ella. Miró a Young, que se movía hacia el teléfono, despacio. Hazel no soltaba su mano, pálida la bonita cara de la modelo.

—Cuide de ella, Strauss —susurró Glenn—. Ellos quisieron hacer de ella un criminal... y no sabían lo cerca que estaban de la auténtica realidad de los hechos... A veces, hay locuras que se contagian, odios que se copian... Me temo que la simpatía mutua de Anna Kolvec y de Sharon Werner... no era sino la extraña

comunicación interior entre dos mujeres que se sabían enfermas. Mentalmente enfermas... aunque no toda la culpa fuese de ellas.

—De modo que Werner intentó volverla loca, hacer creer que era una asesina... —musitó Strauss, perplejo.

—Sí. Esta noche, Hazel Scott hubiera rematado la obra. Muerta con un *stick* de esquiar. Idéntico al que ya habían dejado aquí, manchado de sangre, al alcance de Sharon... —Glenn sacudió la cabeza. Oprimió contra sí, cariñosamente, a Hazel. Besó su mejilla, su cabello. Y se dispuso a telefonear—. Con una gran mentira... acertaron una terrible verdad que ellos eran los últimos en imaginar...

Y comenzó a hablar a la centralilla de Klospitz, para que informasen del final del sangriento asunto a la policía de Saint Moritz.

La respuesta de la telefonista, tras un silencio horrorizado, fue esperanzadora:

—Han comunicado con nosotros los gendarmes de Saint Moritz —dijo—. Green que antes del amanecer estarán aquí con helicópteros... El tiempo mejora rápidamente, señor.

—Bien. De todos modos, ya no son aquí imprescindibles... —comentó Glenn Young, con un suspiro. Colgó, mirando a Strauss y a la desdichada Sharon Werner. Caminó hacia la salida, con Hazel a su lado. Musitó, besando los cabellos cárdenos de la joven inglesa —: Vamos, Hazel. No es un lugar agradable para nadie, y menos para ti... Creo que ningún director escénico por gusto que tuviese hacia el *grand guignol*, hubiera podido montar un final de obra semejante...

Afuera, con gritos y risas alegres, la gente volvía del *slalom* nocturno.

Klospitz parecía más luminoso y feliz ahora.

Esta vez, sí. Era el fin de la pesadilla.

Pero cuando Glenn Young entró en el albergue, dijo al sorprendido Muller abruptamente:

—No sé el cariño que tendrá usted a ese murciélago disecado, pero es mejor que lo quite de ahí enseguida. No me gusta verlo. No me gusta en absoluto. Ni creo que le guste a nadie.

Silenciosamente, obediente, el obeso Muller retiró de su estante, con aire ofendido, al murciélago disecado. Al no tocarle el

resplandor del fuego, sus alas dejaron de ser rojas.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.**

Impreso en España

